

92726

UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA

UNIDAD IZTAPALAPA

✓ DIVISION DE CIENCIAS SOCIALES Y HUMANIDADES

DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGIA

✓ LICENCIATURA EN ANTROPOLOGIA SOCIAL

AREAS DE CONCENTRACION: POLITICA

ETNOLOGIA

✓ "LOS ANTROPOLOGOS A TRAVES DE SU FORMACION ACADEMICA:

EL DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGIA DE LA UAN-I"

OPCION TERMINAL (TESIS) QUE PARA ACREDITAR LAS ASIGNATURAS "INVESTIGACION DE CAMPO" Y "SEMINARIO DE INVESTIGACION" PRESENTAN:

✓ MAURICIO LAVALLE CASILLAS Y  
HORACIO ROMERO PEREZ

DIRECTORA DEL COMITE DE INVESTIGACION: PATRICIA

DE LEONARDO

RAMIREZ

LECTORES DEL COMITE DE INVESTIGACION: RAUL NIETO CALLEJA  
INGRID ROSENBLUETH

VIEIRA.

MEXICO, D.F. 1989

## I N D I C E

	núm.
Introducción.....	4
CAPITULO I Origen y Características de la UAM.....	11
1.-Panorama General.....	11
2.-Proyecto de Creación de la UAM.....	12
3.-El Departamento de Antropología de la UAM-I.	16
CAPITULO II Observación Participante de un Curriculum.....	27
1.-Horacio Romero o Un poco de afición y un Poquito de Antropología.....	28
2.-Mauricio Levalle o Mi Verdadera Vocación..	67
CAPITULO III La Antropología en la UAM y la Importancia del Curriculum Oculto.....	80
BIBLIOGRAFIA.....	94

92726

"Un hombre se propone la tarea de dibujar el mundo. A lo largo de los años puebla un espacio con imagenes, de provincias, de reinos, de montañas, de bahías, de naves, de islas, de peces, de habitaciones, de instrumentos, de astros, de caballos y de personas. Poco antes de morir descubre que ese paciente laberinto de líneas traza la imagen de su cara."

(El Hacedor, de Jorge Luis Borges)

## I N T R O D U C C I O N

En la tarea de formar, los aspectos que convergen suelen ir más allá de lo que la palabra educación sugiere; la columna vertebral de este concepto, el binomio enseñanza aprendizaje, ha permanecido básicamente inalterada. Sin embargo no ha sido así con las opiniones acerca de los fines y los medios de la educación. En la antigüedad, por ejemplo, se planteaba como un recurso de adiestramiento para el ejercicio concreto de las armas y el poder; y aunque evidentemente los otros aspectos productivos y sociales implicaban una educación, no contaban con una pedagogía específica. El desarrollo socioeconómico y su complejidad han ampliado el rango de lo que más tarde se ha definido como enseñanza. Diversas actividades y profesiones - de acuerdo con sus dificultades y procedimientos- han requerido de métodos que hagan posible la concreción de objetivos específicos. Así que cualquier oficiante que desee -o necesite- acceder a la práctica de una tarea compleja deberá, previamente, pasar por el Centro de enseñanza respectivo. Con el tiempo el asunto se ha hecho complicado; o quizás había sido así siempre, sólo que ahora se ha evidenciado necesariamente. Y es que desde que se reconoció a la pedagogía como disciplina científica se ha abocado a especificar los procedimientos formativos de las primeras etapas del individuo: su integración social y el aprendizaje de los primeros conocimientos, o las primeras letras. Del nivel medio de la educación en adelante se suele reconocer poco lo que respecta a los métodos. El énfasis va directamente a los conocimientos; u los planes de

estudio son solamente la secuencia lógica de tales contenidos. El Centro escolar, preparatoria o universidad, se convierte en el lugar donde se realiza esa transmisión, y da lugar -quizás involuntariamente- a una variedad de fenómenos y procedimientos. La aplicación de un curriculum da origen a otro curriculum. Esto no ha sido ignorado por los mismos constructores de los espacios universitarios, donde el campus, ese lugar que a más de espacio es una condición cultural que provoca y permite la circunstancia humana que origina el pensamiento, tiene tanta importancia como las aulas. Por eso, en el proceso de formación conviven dos currícula; uno, que abarca los contenidos y toma en cuenta las formas de alcanzar ciertos objetivos; otro, oculto, no formalizado, a veces ignorado, que trabaja igualmente en el proceso de formación. Pero éste funciona mediante las conversaciones, los temperamentos, el entorno, los sentidos; por una serie de elementos no dignos de tomar en cuenta en la planeación curricular formal.

Por lo que se ha visto, el curriculum oculto funciona en todas las etapas formativas del individuo; pero es evidente también que no todas lo requieren de igual manera, ni influye por igual en toda área de conocimiento. Por ejemplo, las disciplinas en donde no entra en juego el temperamento, o cuando es posible inhibirlo para lograr eficacia en los propósitos. Pero cuando la realización profesional depende de cuestiones personales, de temperamentos e inclinaciones, de condiciones psicológicas del individuo, la función del curriculum oculto es insoslayable. En las artes los conocimientos van siempre en compañía de una peda-

gogía que ha integrado -con auxilio de la psicología- un, digamos, curriculum oculto, a sus procedimientos. Es cierto que lo mismo aplica a profesiones u oficios donde juega un papel similar el temperamento, como las humanidades. A veces es imposible evitarlo. En la antropología, por sus funciones y objeto de estudio, la cuestión de la disposición personal y la aptitud humana para acceder a él es un asunto tan importante como los conocimientos.

Esta cuestión ha sido vivida y, por supuesto, observada en nuestra experiencia como antropólogos en ciernes. En nosotros mismos ha sucedido la aplicación y funcionamiento de un curriculum oculto al lado de un curriculum formal; inclusive hemos visto cómo el primero llega, a ser la columna vertebral de la formación profesional. Esto, a veces, en detrimento del curriculum formal; debido, suponemos, a que la planeación educativa se queda en un diseño de la secuencia lógica de los conocimientos solamente. Aunque en oficios como el de antropólogo las condiciones subjetivas de la vida del futuro profesional se encuentran en la sociedad universitaria tarde o temprano debe acceder a un mercado de trabajo a nivel competitivo, y ahí el dominio de su destreza son lo que lo definirán como profesional.

Del resultado de nuestra experiencia surgió el interés por analizar el asunto; queríamos nosotros saber más acerca de la naturaleza de la formación profesional en antropología y, de ser posible, dar pistas para, al igual que se ha hecho en el arte, integrar esos aspectos, aparentemente intangibles, al diseño de futuros curricula.

En estas cuestiones el campo no ha sido explorado con la suficiente amplitud, ni por profesionales de la pedagogía, la sociología, la psicología, ni la antropología. Por eso la bibliografía es escasa y solamente se limita a señalar caminos de estudio. Nosotros pensamos que es un asunto que bien compete a la antropología, más específicamente a la antropología de la educación.

La idea de realizar un trabajo de indagación acerca de la "otra" formación educativa del antropólogo, el curriculum oculto, surgió de una preocupación personal nuestra; más que analizar un problema al que podíamos mirar objetiva y distanciadamente, queríamos conocer un poco las razones de una circunstancia que estábamos viviendo en nuestras personas. La razón que había antes y por la que nos desempeñábamos como antropólogos, cuando comenzamos a ver la posibilidad de hacer este trabajo, sucedió a mediados del año de 1985, cuando ambos laborábamos en la Subdirección de Investigación Antropológica del Instituto Nacional Indigenista. En ese lugar, a nuestro arribo, nos vimos de pronto inmersos en discusiones y formas de mirar el trabajo antropológico muy variadas, directamente relacionadas, en su caso, con los procesos formativos de quienes interveníamos. La gente egresada de la Escuela Nacional de Antropología e Historia (ENAH) abordaba de manera muy distinta los problemas a discutir que nosotros, los que habíamos estado estudiando en la UAM-I; vale decir que había una marcada preferencia por nosotros por parte de nuestros jefes, debido, en parte, a la afamada planta de profesores con que contaba el Departamento de An-

tropología de la UAM en ese entonces. Sin embargo, para nosotros había cuestiones poco claras; por ejemplo: ¿Por qué dos antropólogos podían ser distintos, dependiendo solamente de la escuela donde habían estudiado?; ¿por qué se consideraba profesional de la antropología a quien no dominaba técnicas específicas del quehacer de tal ciencia? (había ahí gente de otras disciplinas que igualmente abordaba nuestros problemas de estudio); ¿qué era, estrictamente lo que hacía a la antropología una ciencia particular y, entonces, porqué no se conocían métodos específicos para formar a ciertas personas con ellos y convertirlos automáticamente en antropólogos?; ¿qué cosas hacían que hubiera tanta flexibilidad -disfrazada de liberalidad- en este quehacer y cuánto afectaba a las personas involucradas?; ¿podía alguien no compartir el perfil ideológico-temperamental del gremio antropológico y continuar siéndolo?; ¿por qué había un porcentaje tan alto de vidas profesionales guiadas por las aficiones, las tendencias, el carácter, en nuestro medio? y, bueno, ¿por qué estamos aquí, en la antropología?

Esas y otras preguntas nos orillaron a comenzar este trabajo. En un principio la tesis se tituló (como sigue siendo): "Los antropólogos a través de su formación académica", y por lo accesible de los materiales acerca del reproductivismo educativo y los intelectuales orgánicos, planteamos la siguiente idea: "la formación de los antropólogos corresponde a ciertas necesidades de la política social y económica del país y, por lo tanto, el proyecto educativo del Departamento de Antropología de la UAM-I corresponde con ello; ahí se trata de formar a los profesiona-

les que la política del Estado necesita.'. Eso dijimos en aquel entonces; no llegamos a saber ciertamente cuán real es esa idea. Ya otros se encargarán. Y no continuamos por ahí porque supimos que ese planteamiento era más bien un esquema conceptual y teórico que facilitaba las cosas a investigar, pero que no nos llevaba a donde queríamos ir; porque nosotros queríamos saber el porqué de las razones anotadas arriba y esta propuesta no las contestaba. Por razones personales el proyecto quedó varado un buen tiempo; en el interín nuestro director de tesis original, el maestro Esteban Krotz tuvo que ausentarse de la UAM, así que cuando lo retomamos hubimos de hacer los cambios administrativos necesarios; ésto influyó en el rumbo del trabajo, ya que bajo la observación de la maestra Patricia de Leonardo conocimos los conceptos que, al abordarlos, nos podían conducir a indagar lo que queríamos. Hubimos de desechar una gran cantidad de materiales y empezar de nuevo, ahora con los riesgos del trato con la subjetividad; pero sabíamos que en cierto sentido es algo de lo que caracteriza a la antropología, el someter el objeto de estudio a la mirada personal del investigador; recoger de la ciencia aquellos detalles que el ojo ve si mira con sensibilidad e inteligencia; los asuntos de la cultura no pueden conocerse de otra manera; porque para analizar, entre nosotros, el curriculum oculto, debíamos olvidar, por el momento, las teorías rígidas y la estadística. Por una parte violaríamos ciertas reglas, pero descubriríamos cosas que bien podían valer la pena. Así derivamos a un estudio y reflexión acerca de lo que acontece en la universidad y por trivial o tangencial no se conside-

ra seriamente aunque, por su carácter e influencia, se convierte en definitorio para los presuntos oficiantes de antropólogo. El papel del curriculum formal, de las aulas, de los espacios, de las relaciones sociales, de los olores y colores de los ámbitos estudiantiles, del campus y la realidad personal, de los contenidos de la ciencia; era todo lo que debía recogerse. Sabemos que hay maneras de hacerlo con más altura; pero como de algún modo estábamos iniciando esa introspección nos permitimos ciertas licencias. Una de ellas fue tomar a nuestras propias personas como objetos de estudio y a la vez observadores participantes de esa realidad; otra, tomar ideas de la teoría literaria, filosófica, pedagógica, artística, etcétera.

Así que para la presentación del trabajo lo dejamos de la siguiente manera: primero, la ubicación del asunto, el contexto general de la UAM y el Departamento de Antropología; después, sin guardar mucha relación, al menos en apariencia, nuestras experiencias a manera de observación participante de un curriculum, para finalmente explicar de manera más teórica el resultado de nuestra reflexión e indagación.

Dejamos, pues, a la lectura nuestras propuestas, y esperamos, por supuesto, que las conclusiones del lector sean aún mejores que las nuestras.

# I ORIGEN Y CARACTERISTICAS DE LA UNIVERSIDAD AUTONOMA METROPOLITANA

## 1.- PANORAMA GENERAL.

Hablar del nacimiento de la UAM nos remite al contexto político y social del que surge, a través de los objetivos que el el gobierno de Luis Echeverría Alvarez se planteó a nivel de la muy necesaria reconciliación con el cada vez mayor sector juvenil de nuestra clase media; proponiéndose otorgar a dicho sector nuevas y suficientes alternativas de educación a nivel medio y superior. Para la consecución de dichas metas se estructuraron una serie de propuestas contenidas en la llamada Reforma Educativa, que básicamente se proponía cubrir dos objetivos fundamentales: por un lado, la Expansión Cuantitativa y por el otro la Reorientación Cualitativa de la educación. La Expansión Cuantitativa se instrumentaría preferentemente en la ciudad de México, dado que por aquel entonces la demanda de educación superior del Distrito Federal equivalía, aproximadamente, a la mitad de la demanda nacional. A este respecto, se tenía claro, al menos, que no se requería incrementar el cupo de la UNAM o el IPN, pues esto aumentaría los ya existentes problemas tanto prácticos como políticos; por lo que se instrumentaron diferentes iniciativas para la creación de un buen número de instituciones tales como los Colegios de Bachilleres, los Colegios de Ciencias y Humanidades de la UNAM, el CONALEP, la Universidad Pedagógica Nacional, el CONACYT, las ENEP de la UNAM, la ESCA

y UPIICSA del IPN, el CIDE y, por supuesto, la UAM. En cuanto a la Reorientación Cualitativa de la educación superior pretendemos explicitar su contenido a través del Proyecto de Creación de nuestra casa de estudios, y más concretamente mediante el Plan de Estudios de nuestro Departamento de Antropología (DA).

## 2.- PROYECTO DE CREACION DE LA UAM.

De entre los vericuetos burocráticos-legales que dan forma al proyecto UAM cabe mencionar como antecedente inmediato a éste el Modelo de Carácter Normativo para Instituciones de Educación Superior propuesto por la Asociación Nacional de Universidades e Institutos de Enseñanza Superior (ANUIES) en concordancia con la mencionada Reforma Educativa, que básicamente proponía:

a) La autonomía de las Instituciones de Educación Superior emana de la autoridad tácita o explícita que la sociedad les reconoce. No constituye un privilegio sino un derecho y una responsabilidad. Reconoce a la autonomía como un factor imprescindible en el cumplimiento de los fines de la educación superior y se consideran inviolables la libertad de cátedra e investigación que sustentan.

b) En relación con los objetivos de la educación superior se plantea la necesidad de "adecuar" la estructura de su producto por áreas de conocimiento a las necesidades del desarrollo integral. En ese sentido, recomienda la ANUIES, debería evitarse el ajuste mecánico a las de mano de obra de un momento deter-

minado, procurando satisfacer en forma amplia y dinámica las necesidades del desarrollo. Al mismo tiempo recuerda que es necesario "ofrecer en la más alta proporción posible la oportunidad de educación superior, con la variedad de niveles y campos que la realidad del país haga recomendable".

c) Con relación a la investigación se definió como objetivo vincularse a la resolución de los problemas del país, sin que esto signifique condicionar la investigación en forma estrictamente utilitaria.

d) En el nivel técnico-administrativo se indica que "cada institución tendrá su modelo de crecimiento y desconcentrará su alumnado al llegar su límite y que deberán buscar nuevas formas de ingreso.

e) En el nivel académico quedaron establecidas las siguientes recomendaciones: favorecer los sistemas de enseñanza abierta; elaborar programas de formación de profesores; fundar centros de producción de material didáctico e impulsar los estudios de posgrado para docencia, actualización e investigación.

Más adelante podremos constatar cómo algunos de los principales lineamientos que reseñamos fueron retomados en el proyecto UAM.

Fue entonces, que el 10 de octubre de 1973, el entonces presidente de la República, Luis Echeverría Álvarez, envió a la Cámara de Senadores la Iniciativa de Ley que daría origen a la Universidad Autónoma Metropolitana.

Tomándose en cuenta que dicha propuesta fue precedida de una intensa actividad desplegada por la ANUIES a fin de legitimar la creación de la nueva institución; todo esto con la participación de los rectores y directores de los centros de educación superior existentes. En el Proyecto de Ley Orgánica de la UAM fue concebida como un organismo público descentralizado del Estado, con personalidad jurídica y patrimonio propio. La autonomía le permitiría regirse por sus normas, esignar autoridades, discutir y aprobar sus planes y programas de estudios según los principios de libertad de cátedra e investigación. La nueva universidad se organizaría como mejor conviniera para el cabal cumplimiento de sus fines y la administración de su patrimonio. En el dictamen del Senado quedó especificado el sistema que adoptaría la UAM en el plano organizativo: la descentralización funcional y administrativa.

De acuerdo con dicha Iniciativa de Ley, los Objetivos Generales de la UAM serían los siguientes:

- . Impartir educación superior a nivel de licenciatura, maestría y doctorado.
- . Organizar y desarrollar actividades de investigación y difusión de la cultura.
- . Implementar nuevos métodos, sistemas y técnicas de enseñanza que se conjugaran con los de carácter tradicional.
- . Y proyectar la actividad ecadémica hacia el exterior de las aulas y los planteles.

Explícitamente los objetivos de la UAM planteaban que:

1.- Su organización interna descansaría en el régimen de desconcentración funcional y administrativa que se concretó en la existencia de Unidades con sus respectivas Divisiones y Departamentos. Este sistema pretendía introducir la flexibilidad en la organización y toma de decisiones, en contraste con los sistemas centralizadores, rígidos y verticales de las universidades tradicionales.

2.- La Universidad impartiría estudios a nivel de licenciatura, maestría y doctorado; así como cursos de actualización y especialización. Todo esto, en el marco del trabajo académico de enfoque multidisciplinario que superara la idea del trabajo de compartimientos.

3.- Las estructuras de gobierno serían de carácter colegiado, posibilitándose la participación de estudiantes, profesores y demás empleados en el análisis y toma de decisiones.

4.- Las actividades académicas se realizarían a partir del principio de integración de las labores de docencia e investigación, imponiéndose la necesidad de contar con una planta de profesores-investigadores de alto nivel.

5.- Los resultados del proceso de docencia-investigación y demás aportaciones de la universidad serían proyectados al exterior mediante la función llamada de difusión de la cultura; con el fin de vincular la actividad académica con el entorno social y específicamente con los problemas nacionales (Pino, 1983)

Caben mencionarse algunas observaciones que los directivos

de la Unidad Iztapalapa hicieron a dichos objetivos durante el Coloquio 1984, a diez años de la fundación de la UAM (UAM-I, 1985), con relación a las ventajas que guardaba el laborar o estudiar en esta universidad:

- . La participación en la elaboración y reestructuración de los flexibles planes de estudio.
- . El estar organizados en Departamentos donde se vinculaba la docencia a la investigación, y contar con descargas docentes para dedicarse a la investigación.
- . La adecuada retribución salarial para sus empleados.
- . El contar con plantillas de profesores de Tiempo Completo, de alto nivel profesional.
- . El mayor contacto entre profesores y alumnos en relación con el cupo de grupo (16 alumnos por maestro en promedio)
- . La vinculación de la Unidad con su entorno y la problemática nacional.

Estas y otras innovaciones dieron a la Metropolitana su carácter alternativo y modernizante, llegándose a declarar que la UAM inauguraba una nueva era de la educación superior en México; todo esto dentro del marco de la Reorientación Cualitativa de la Reforma Educativa.

### 3.-EL DEPARTAMENTO DE ANTROPOLOGIA DE LA UAM

Las características del momento histórico en que nace el Departamento de Antropología de la UAM-I hacen de éste un espacio académico muy particular, debido a la confluencia de los

intereses del Estado de abrir nuevos centros de Educación Superior, con la situación de la Antropología Mexicana a inicios de la década de los setentas. Esta circunstancia, ya bastante comentada y documentada en los últimos años, que se reflejaba en una crisis, principalmente en sus centros de enseñanza, como la ENAH.

Fue así como en 1974 el filósofo y director fundador de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM-I, Luis Villoro encargó al Dr. Angel Palerm -por aquel entonces Director del Centro de Investigaciones Superiores del Instituto Nacional de Antropología e Historia (hoy CIESAS) y profesor de la Universidad Iberoamericana- la elaboración de un plan de estudios para la licenciatura en antropología social de la UAM-I. Para su propuesta el Dr. Palerm retomó las orientaciones generales del plan de estudios recién instaurado en la UIA, que básicamente planteaba:

- . La reestructuración de la enseñanza teórica.
- . El establecimiento del trabajo de campo como actividad fundamental de la formación académica.
- . Y la ampliación de las áreas de estudio de la antropología social.

Hay que señalar que el plan de estudios de la UIA y, por ende, el de la UAM-I, fueron de alguna manera el producto de la crisis que en los 70'S sufría la ENAH y, por tanto, la antropología mexicana en general, a nivel de los necesarios replantea-

mientos, tanto académicos como existenciales de los alumnos de la ENAH, después de la activa participación que tuvieron en el movimiento del 68.

Ahora bien, aunque el Departamento de Antropología de la UAM-I se inaugura en 1975, no es hasta 1976 que comienza a recibir a los estudiantes que recién concluían el Tronco Común. Para entonces contaba con tres profesores de tiempo completo: Andrés Fábregas, Juan Vicente Palerm y Roberto Varela; integrándose en el mismo año José Lameiras, Patricia de Leonardo, Virginia Molina, Esteban Krotz, Guillermo de la Peña, Gloria Artís y Nicholas Hopkins (Krotz, 1987).

El hecho de que nuestro departamento surgiese en un momento de crisis de la antropología en México, y la peculiaridad de que la mayoría de su profesorado, e incluso algunos alumnos, provinieran de la UIA y/o del CISINAH, como grupo ya constituido, le dio al Departamento el fuerte impulso que requería para su puesta en marcha; sin dejar de ser objeto de ciertas críticas por parte de algunos de sus colegas de la ENAH. Con el tiempo se constató -a través de lo que ha sido característico del Departamento- que la pluralidad de enfoques teórico-metodológicos diluyó de alguna manera tal escepticismo; amén de que durante el desarrollo del Departamento de Antropología de la UAM-I se ha ido incorporando a éste personal académico de la misma ENAH y otras instituciones, incluso extranjeras (Nieto, 1989)

En cuanto a la estructura del Departamento de Antropología de la UAM-I, éste se caracteriza por ser el más pequeño de la División de Ciencias Sociales y Humanidades, con una plantilla de 25 profesores de Tiempo Completo, contratados por tiempo indeterminado (contando en la actualidad con una plaza desierta). El Departamento imparte la licenciatura en antropología social. Cuenta, para la investigación, desde 1982, con tres Areas: Relaciones Económicas, Relaciones Políticas y Cultura. Su organización se basa en un Colegio de Profesores como máxima instancia, una Comisión Académica, integrada por el jefe y el coordinador del Departamento, así como por los coordinadores de las tres Areas de Investigación, con atribuciones de carácter de proposición y ejecución; un Consejo Departamental de integración paritaria por parte de alumnos y profesores, con atributos de decisión en determinados asuntos. Por parte del alumnado, éste se reúne en asamblea para ser informado y consultado por sus representantes ante el Consejo Departamental. El Departamento posee un Banco de Información de Antropología Social (BIDAS) y editaba la revista "Práctica" hasta 1984; y posteriormente la revista "Hoja de Viento" hasta 1988 (Krotz, 1987), (Nieto, 1989)

El curriculum formal del que forma parte tanto el origen y características de la UAM-I, como de su Departamento de Antropología, tiene su producto más conciso y acabado en el Plan de Estudios; en este caso de nuestro Departamento, por lo que a continuación presentamos sus particularidades y diversas reformas sufridas hasta la fecha.

Podemos decir que el Plan de Estudios del Departamento de Antropología de la UAM-I + ha pasado por cuatro momentos, en relación con las diferentes características de su conformación:

#### Primer momento

Se constituye con la elaboración original del Plan a fines de enero de 1974 por parte del Dr. Angel Palerm y sus discípulos Andrés Fábregas, José Lameiras y Juan Vicente Palerm (Krotz, 1987). De dicho plan de estudios se sabe que tuvo carácter de provisional, en la medida en que comenzó a funcionar sin haber sido aprobado por el Colegio Académico de la UAM. El Plan se dividió en tres etapas a partir del 4 to trimestre.

- 1a) Tronco Básico Profesional: que constaba de un curso de Antropología Social General, con práctica etnográfica; ocho cursos de Teoría Antropológica, de los que el alumno seleccionaba cuatro; cinco cursos comparativos de la Sociedad Mexicana, para escoger tres; y un trimestre correspondiente a la primera práctica de campo.
- 2a) Área de Concentración: conteniendo diez cursos (variables, según el área seleccionada, de las seis originales), para escoger ocho; y un trimestre dedicado al segundo trabajo de campo.
- 3a) Investigación de campo: cubriéndose con un seminario de investigación y la tercera práctica de campo.

+ Nota. Para el presente apartado nos hemos permitido hacer una paráfrasis (agregando algunas precisiones) del artículo que el profesor Eduardo Nivón publica en la revista "Hoja de Viento", Año II, No. 5, sep. 1988, D.A. UAM-I.

### Segundo Momento

Que se presenta a fines de 1978, cuando la primera generación de alumnos concluía sus estudios, situación que, por un lado, aprovecharon los profesores para revisar el Plan, a través de una comisión integrada por Andrés Fábregas y Roberto Varela; destacándose como preocupación fundamental la excesiva flexibilidad del Plan y la consiguiente carga docente derivada del gran número de áreas de concentración establecidas (seis áreas y seis profesores de TC en 1976). Concretamente la Comisión proponía reformar la serie de Teorías Antropológicas; cambiar la serie de Comparadas de México por cursos introductorios a las áreas de concentración; y la necesidad de realmente vincular la docencia con la investigación. Por otro lado los estudiantes en asamblea (octubre de 1978) manifestaron sus observaciones al Plan de Estudios, proponiendo ser aceptados en la revisión del Plan, que se mantuviera la pluralidad de corrientes ideológicas; se tomara en cuenta la realidad nacional; se reestructuraran las áreas de concentración con base en que la parcialización de su formación obedecía a los intereses de investigación particulares de los profesores; la revisión de la cantidad y contenido de los cursos teóricos; que se pudieran tomar cursos de la licenciatura desde el Tronco Común.

En base a la serie de propuestas de ambos sectores, en enero de 1979, quedó aprobado por el Colegio Académico el Plan de Estudios que hasta este momento nos rige; es decir, el que considera siete cursos de teoría antropológica, de los que cinco

son obligatorios; los cursos de Comparadas quedaron como introductorios a las ya entonces siete áreas de concentración (incluida Sociolingüística) siendo cinco cursos los cuales quedaron como obligatorios; los cursos de las áreas de concentración se incrementaron de diez a once, y se estableció el que cuatro fueran obligatorios; el resto de los cursos podían ser seleccionados como optativos (de otra área de concentración, e incluso de otra licenciatura de la UAM-I). La práctica etnográfica desapareció (al menos formalmente); y las áreas de concentración continuaron siendo siete. Los problemas de fondo que dieron origen a esta reforma del Plan de Estudios permanecieron y dieron origen a nuevas reflexiones; dando lugar al:

### Tercer Momento

En enero de 1981, propiciado principalmente por el entonces coordinador de la licenciatura, Esteban Krotz; con la peculiaridad de que los cambios propuestos eran más de contenido y operativos que de estructura del Plan. Esta vez el Colegio de Profesores, en encerrona de dos días, más que transformar formalmente el Plan, planteó una serie de cuestiones que aunque no podían llevarse a cabo de inmediato, mantuvieron viva la discusión entre los dos sectores del Departamento, o sea, los profesores presentando de nueva cuenta la revisión de las series Teorías Antropológicas y Comparadas de México, Área de Concentración y los respectivos contenidos de las asignaturas. Y los alumnos, además de las propuestas anteriores, volvieron a manifestar que las áreas de concentración funcionaban en relación

con intereses personales de los maestros y no en función de brindar una visión general de la antropología. De lo anterior resultaba la falta de secuencia teórica y temática en la carrera, que carecía tanto de un conocimiento general como particular de la misma.

Curiosamente, la aportación más significativa de este tercer momento se dió en 1973, al coincidir con el inicio de las reformas a los planes de estudio de la División de CSH, propuestas por el Consejo Divisional, siendo relevante el haber reducido el Tronco General de Asignaturas a seis UEA'S y reconstituir las Areas de Investigación de acuerdo con lo estipulado por la Ley Orgánica de la UAM.

En nuestro Departamento, lo anterior dio pie al establecimiento de las tres Areas de Investigación que ahora tenemos (Relaciones Económicas, Relaciones Políticas y Cultura), y tal vez lo más importante, de una vez por todas, iniciar el estudio de los cambios de fondo al Plan de Estudios, para atacar la problemática irresuelta desde hacía tanto tiempo. Fue así que llegamos al:

#### Cuarto Momento

En el que la participación estudiantil tuvo mayor relevancia que en el pasado, al plantear la intervención del Consejo Departamental en la discusión del Plan de Estudios, por medio de propuestas concretas, al menos a nivel estructural; dejando al Colegio de Profesores la definición de contenidos y demás cuestiones operativas. Para dicho efecto, el Consejo, a través

de una comisión integrada por Eduardo Nivón y Mauricio Lavalle, propuso un documento que a manera de resumen proponía:

- .Rediscutir la orientación general de la licenciatura y su ubicación en la tradición antropológica mexicana.
- .Reducir las Areas de Concentración en número y contenidos de cursos.
- .Establecer contenidos fijos a las asignaturas.
- .Reestructurar la docencia de las teorías.
- .Vincular las prácticas de campo, incluyendo la de la tesis, con proyectos del Departamento.
- .Vincular las asignaturas a las prácticas de campo, y
- .Reorganizar el sistema de tutorías.

Todo lo anterior orilló al Colegio de Profesores a modificar su reglamento interno e invitó a los alumnos consejeros departamentales (Mauricio Lavalle, Rubén Pérez e Iván Vallado) a la encerrona para la discusión del nuevo Plan de Estudios, que se llevó a cabo los días 5, 6 y 7 de diciembre de 1983, otorgándoles el derecho a proponer, más no a votar. Fue así que los profesores acudieron sin consenso propio, presentándose 9 ponencias individuales del Colegio, una del Consejo y dos de los estudiantes mencionados. La sesión sólo produjo orientaciones generales, debido precisamente a la falta de consenso por parte de los profesores, que curiosamente generó la división del Colegio en dos facciones, diferenciadas básicamente por la eterna pugna entre los que proponían una orientación más

académica -que daba por sentado que la licenciatura era tan sólo un estadio hacia el posgrado; y otros profesores que de acuerdo con la comisión estudiantil, pugnaban por una licenciatura más enfocada a la antropología aplicada y que proporcionara los conocimientos adecuados a una buena parte del mercado de trabajo y a otras condiciones socioeconómicas del tipo de estudiante cuya composición ya por entonces cambiaba sustancialmente, según la observada a ese momento.

Durante 1984 continuó la discusión en el Consejo Departamental, llegándose a aprobar definitivamente el nuevo Plan de Estudios en mayo de 1985. Fue una lástima que en el último momento los nuevos representantes de los alumnos no socializaran con el resto de los estudiantes el nuevo Plan de Estudios; y pero aún, que hasta el momento (1989) no se haya puesto en marcha dicho Plan, debido a la extrema lentitud con que el Consejo Divisio-  
nal ha reformado el Tronco General de Asignaturas.

El tan esperado nuevo Plan, al menos en el papel, plasma un perfil del antropólogo cuya orientación primordial se centra en la formación de investigadores que dominen la teoría y el método antropológico actual. El contenido específico del Plan es el siguiente:

- Ocho cursos de Teoría Antropológica (cuyos contenidos han sido detalladamente discutidos y aprobados por el Colegio de Profesores)
- Diez cursos (sustantivos) que fortalezcan la formación básica general, incluyendo tres introductorios a las áreas

de concentración/investigación.

- Una serie de cursos optativos, que incluyen varios etnográficos y el resto de estrecha vinculación con las áreas de investigación.
- Cada área de concentración contará con cuatro cursos: tres de contenido fijo y uno variable.
- Un curso de Antropología Social General que integrará un Taller de Investigación con Práctica Etnográfica (TIPE).
- Dos prácticas de campo a la mitad de la carrera y al final, aproximadamente, la segunda como parte de la tesis; ambas correspondientes a algún proyecto de una de las áreas de investigación del Departamento.

Sobre el proyecto de investigación, será un profesor o grupo de profesores quienes se harán cargo de alguno de ellos de principio a fin, y alrededor de estos se integrará los de los estudiantes. Todo esto para racionalizar recursos, obtener resultados concretos a corto plazo y reducir el tiempo necesario para la titulación de los alumnos.

## II OBSERVACION PARTICIPANTE DE UN CURRÍCULO

Desde que establecimos nuestros primeros contactos con la antropología, se nos presentaron una serie de preguntas que más tarde nos serían planteadas recurrentemente por otras personas, acerca del objeto de estudio de la antropología, y profundizando un poco más se nos cuestionaba sobre el método de la antropología a diferencia de las otras ciencias sociales. Y bueno, sin entrar aquí a discutir sobre todas las características que encierra el método de investigación antropológica, queremos destacar tan solo la tan mentada observación participante, que se "refiere a situaciones en que el investigador realmente participa en las costumbres y actividades de la sociedad (R.N. Adams, 1957). Si bien es cierto que hemos participado como estudiantes del Departamento de Antropología de la UAM-I, nuestras intenciones originales no eran las de realizar una investigación sobre dicho departamento; aunque como ya mencionamos en la introducción de este trabajo, al proponernos hacer un estudio sobre nuestra formación académica, nos convertimos en observadores participantes de un currículum específico (Cabe hacer un paréntesis para aclarar que hasta este momento por currículum entendemos al "proyecto formal que la institución propone para llevar a cabo la formación de profesionistas, y que a su vez es el resultado, como producto, de un proceso de planeación. Para ello, consideramos tanto los aspectos conceptuales y filosóficos, como los elementos y procedimientos metodológicos que los sustentan" (E. Ruíz Larragivel, 1985). Lo que significa que ya en nues-

tro capítulo I hemos planteado los aspectos y elementos que sustentan a nuestro curriculum, es decir, las características de la UAM en general, y las de nuestro Departamento de Antropología en particular, (y es sobre este curriculum sobre el cual a continuación describiremos nuestras respectivas observaciones participantes; debiendo tomarse en cuenta que, como toda observación, corre el riesgo de dar una apariencia de subjetividad, incluso provocarla, pero como antropólogos sabemos que esa flexibilidad de hacer la ciencia un poco a partir de la persona, permite al oficiante acceder a cuestiones más profundas. Ese lugar llamado antropología a donde se llama, y se reúne algo de la condición social del hombre, que a veces es psicología, filosofía, o sencillamente literatura.)

#### 1.- HORACIO ROMERO O UN POCO DE AFICION Y UN POQUITO DE ANTROPOLOGIA

Uno escoge una profesión por los motivos más inverosímiles; porque el criterio para estudiar una carrera no surge, por lo general, de los componentes de la ciencia misma sino del ambiente en que uno realiza la vida precedente a la iniciación profesional. En mi caso había dos cosas que yo unía en mi persona sin saber si existía una relación entre ellas; la diversión que conllevaba una práctica de aficionado a la promoción cultural en mi ciudad natal y la palabra antropología. Digo la palabra porque jamás había abierto un libro sobre eso, ni me habían explicado de qué se trataba; era una palabra que yo campechanamen-

te unía a mis actividades de promotor. Estas consistían en la organización de actividades culturales, un programa radiofónico de música popular y la confección de artículos periodísticos en un semanario local. Un día fuimos, según nosotros, a realizar trabajo de campo; queríamos grabar la música directamente de sus intérpretes originales y en el ambiente natural en que se daba. En esa ocasión nuestra investigación se vió combinada con una convivencia en la pizca de maíz y con una soberana borrachera con pulque de la zona de Meztitlán, Hgo. Ibamos un amigo que también se inscribió en antropología, pero que después dedicó sus inquietudes al teatro, y yo. Se le ocurrió a él, digo, porque hasta donde se tampoco sabía con precisión nada, decir: esto que acabamos de hacer es antropología. Y como nos la habíamos pasado de lo mejor montando a caballo, echando relajo al cargar costales, comiendo el itacate de los campesinos y emborrachándonos en -me temo que más esto último- yo pensé: quiero ser antropólogo. Así ocurrió esta relación entre los hechos y la palabra antropología, y se inició una serie de encuentros y desencuentros, de descubrimientos y frustraciones, de extrañezas y traumas, de no saber qué hacer. Todo porque ahora en la universidad me decían lo que para su gusto era la antropología. Mis deseos de ser ingeniero agrónomo, músico o granjero quedaron sepultados entre los pliegues de un plan de estudios empeñado en convertirme en antropólogo profesional.

Eso fue en 1978, casi todo. En ese año fundé la asociación civil de promoción cultural, fui a mi viaje de campo, decidí la profesión y me encontré aceptado en la UAM-I, orgullosamente conver-

tido en un universitario. Y ahí las cosas ya no fueron así, por desgracia -así lo pensaba yo-. Para empezar, el asunto de mis primeras materias me resultaba un poco extraño. En primer lugar, llevaba una materia de la cual solamente había oído con certeza nada científica, aunque no del todo incorrecta, su uso popular: lógica. De ello solamente sabía que tenía utilidad para denominar a lo que ostentaba coherencia; ante ello todo el mundo decía: lógico. El profesor que en la prepa nos dio todas las filosofías era un abogado que le gustaba la lectura del tema y que de tanto dar clases de filosofía en preparatoria y secundaria terminó haciendo su tesis de licenciatura con reseñas de libros introductorios a nivel medio para su título de abogado, casi veinte años después de que había salido de la universidad. Así que de filosofía solamente sabía algunas denominaciones de corrientes filosóficas de la Grecia antigua y nombres sonoros que fácilmente aprendimos. Además de Sócrates, Platón, Aristóteles, por supuesto Empedocles.

Así que cuando la maestra de ICF se puso a realizar operaciones con términos raros y letras, derivando resultados que no se parecían al álgebra que poco había aprendido, me quedé como quien ve pasar frente a sí extraterrestres y con un pellizco lo convencen de que es natural y debe ser así. Obviamente no la pasé, y con trabajos, con ayuda de un despistado igual, que la entendió antes que yo, aprendí la primera clase después de dos meses. Y lo que es peor, cuando me lo explicó y finalmente capté, me encantó. Pero no pude avanzar mucho, porque la segunda clase la entendí cuando cursé la clase por segunda vez; la tercera

cuando lo hice por tercera vez y el resto, leyendo solo todos los libros de lógica que pude encontrar, aún contra la recomendación de maestros y compañeros de que no lo hiciera, porque ningún libro venía de acuerdo con la manera en que se enseñaba en la UAM. Extraña ciencia dije yo. Lo que si sé ahora es que lo que aprendí -excepto las tres primeras lecciones que según se no son casi nada- lo hice solo. No se como lo harían los demás compañeros, a lo mejor sus papás lo sabían y les enseñaban, porque no creo que se pueda aprender mucho viendo a un maestro hacer operaciones delante de uno en el pizarrón, porque sin excepción, todos los que me dieron clase, que fueron como cinco- porque también entré a cursos como oyente- hacían eso. La frustración se me quitó cuando leí en un libro de Piaget donde dice que curiosamente muchos alumnos reprueban en lógica y matemáticas cuando demuestran ser muy competentes en otros campos del saber; la razón, decía él, es que no usan ningún método pedagógico para enseñarlas. O sea, no lo enseñan. Es verdad: hacer operaciones delante de los alumnos no es enseñar. Yo aprendí más solo.

Las otras materias no eran tan raras como el sistema con el que se desarrollaban en el aula; y yo no estaba preparado para eso. Por ejemplo: Doctrinas Políticas y Sociales I era una disertación de maestro y alumnos acerca de lo que era mejor para la sociedad. O sea, no se explicaba la coherencia y razón de los ilustres hombres de la historia, sino que se extraían sus puntos principales y se debatía acaloradamente acerca de sus errores y aciertos. Yo siempre dije: como no estuvo este grupo delante

de Descartes y Hume para sacarlos de su error. Por supuesto, había siempre una relación directa entre el tamaño de la barba, la forma de los lentes, el material de la ropa y el morral, con la inteligencia. Quien no llevaba tal atuendo difícilmente se consideraba inteligente -o tenía que serlo de verdad-. Si tenía barba, bien; pero si no, podías dejarte el pelo; pero si sucedía que estabas demasiado lacio o crespo, entonces comprabas unos lentes como los de John Lennon, aunque no te hicieran mucha falta; entonces podías fumar Delicados con o sin filtro. Al que no le quedara nada de eso, le bastaba con comprarse un morral de Ixtle o de fina artesanía oaxaqueña y zapatos poco comunes; los huaraches no se usaban ya, así que con media bota de gamuza ya la habías hecho. Eso era un argumento más poderoso que cualquier otro. Otras reglas: hablarle de tú al maestro aunque fuera muy viejito; arrebatarle la palabra y decirle que no era así el asunto; salir y entrar de clase a cualquier hora y fumar todo lo que quisieras. La onda ecologista era, por aquel entonces, cosa de risa. Un maestro dijo que los partidos ecologistas europeos eran burgueses que querían distraer la atención del problema básico que era la lucha de clases. Yo lo creí y repetí ese argumento no se cuantos meses. Esa materia la reprobé también. Bueno, tenía que ser así. En mi prepa no se acostumbraba discutir con el maestro y nunca usamos el sistema de exposición por parte de los alumnos. La inteligencia se medía en las tareas y los exámenes o en las respuestas del profesor. Eramos lo que se dice unos conservadores. Por esos años vino la moda de la country music, así que en mi ciudad todos andábamos

de vaqueros; más yo, que en ese entonces intentaba mis negocios agropecuarios y me juntaba con un amigo que distribuía aguardiente a bordo de un desvencijado VW Safari, por las rancherías de Hidalgo, Tlaxcala y Puebla, por donde frecuentemente le acompañaba. La única similitud que tenía yo con los inteligentes del salón era que fumaba Delicados, pero eso no era suficiente, porque no lo acompañaba de la discusión a la que no estaba acostumbrado. Me disgustaban las clases por eso. Felizmente había espléndidas actividades culturales en la Unidad Iztapalapa de la UAM. Así que ahí estaba yo, disfrutando de cosas que hasta la fecha considero básicas en mi formación; ví en orden, es decir, por ciclos, películas que en mi ciudad había disfrutado los miércoles, el día que casi nadie iba al cine Del Villar. En esos días ví el mejor cine -la tarifa era menor y coincidía con mi clase de guitarra- sin saber que era el mejor cine, pero yo lo disfrutaba muchísimo; ví a Fellini, Visconti, Coppola, Buñuel, Bertolucci, etcétera. Así que cuando ví los ciclos tipo cine-club, estaba contento, más que en las clases, por cierto. Y también, como seguía con la idea de la promoción cultural, quería acercarme al orden de la prestación de este servicio, para imitarlo yo con mi asociación cultural. Así que no me perdí espectáculo musical, teatral y cinematográfico alguno, mientras las discusiones en las clases pasaban. De las cuatro materias reprobé tres. O sea, pasé redacción, casi sin ir tampoco; lo que sucede es que en casa me había formado como ávido y desordenado lector, que leí completas colecciones de Vanidades Continental, Selecciones del Readers Digest, Contenido, Sucesos, Life, Buenhogar, una que otra Caballero y Rutas de Pasión con sus respectivas fotonovelas italianas, que casi me aprendí

de memoria. Al mismo tiempo leía a Sófocles, Unamuno, Gohete, Arthur Conan Doyle, Twain (como única tarea que me dejaron), García Márquez, Bradbury y Amado Nervo. Como en casa no sabían darme orden de lectura nunca leí a Salgari ni a Julio Verne, y dudo que lo haga algún día, ya a estas alturas. Con eso pasé redacción. Bueno, diré que a la materia titulada México, Economía Política y Sociedad sí la entendí un poco; tenía referencias de la Conquista, la Colonia, Benito Juárez, Porfirio Díaz y demás capítulos de la historia nacional. Y me interesó porque sabía cosas pero ignoraba otras, como por ejemplo, que con la Reforma se introdujo el capitalismo, que Juárez ni era tan bueno como lo pintan, que con la desamortización de los bienes del clero se introdujo el mercado de la tierra y cambió la economía. Me asombró saber que atrás de la anécdota que me habían contado había razones y que los héroes se equivocaban o ni eran tan héroes, o que la naturaleza de los hechos revelaba algo que no se veía a simple vista. Algo que era más sólido que el Manifiesto del Partido Comunista explicado e ilustrado por Rius, que se había convertido en toda mi escuela de teoría económica, política y social antes de llegar a la UAM. El saber eso me sirvió para amenizar las pláticas que tenía con mis excompañeros de prepa, cuando los sábados volvía a mi ciudad natal y nos reuníamos en el restaurant Colonial a bebernos una botella de brandy Cheverny, que salía muy bueno en ese entonces. Ellos estaban en la UAH estudiando para abogados, así que yo sabía más que ellos. El segundo trimestre fue casi igual, ya que las materias solamente fueron la número dos, II, de la serie, excepto Lógica, que podía ser matemáticas, privilegio al que por el momento no podía

acceder, por razones lógicas también. Pero sucede que en esos días anuncian en la Unidad un taller de composición dramática impartido por el maestro Emilio Carballido. Yo lo había leído por mi cuenta antes, me gustaba y quise conocer al maestro, así que fui a la primera sesión. Le pedía que me dejara observar su clase, para ver qué se me pegaba y quizás podía ver mejor el teatro posteriormente. El me dijo que entrara, pero que me iba a inducir a escribir, mi papel, dijo, era escribir, no ver; le contesté que no podría hacerlo; me convenció de que lo intentara. Así que entré. Y me quedé, porque en la primera sesión nos pidió, después de explicarnos de que se trataba, que sugiéramos un movimiento dramático, es decir, una acción donde hay un inicio, un asunto a resolver y un final o desenlace. Yo propuse uno y me dijo que eso ya era una obra famosa de Ibsen, Un Enemigo del Pueblo. Vale decir que me quedé en el taller y me apresuré a leer el libro. Esa experiencia fue interesante para mí, no sólo porque me puso en relación viva con algo con lo que ya tenía contacto estrecho desde hacía años, con la literatura, sino que me integró a una comunidad en la universidad. Porque ahí no importaba la marca de los cigarrillos, ni la argumentación contra el maestro o el compañero que defendía a Tocqueville contra el que apoyaba a Marx, sino que veíamos nuestro propio trabajo. Escribíamos y conversábamos sobre ellos; el maestro nos daba líneas y concluía, o corregía. Todos debíamos opinar; y nadie podía decir que sabía más porque nadie conocía el escrito. Nos hicimos buenos amigos. Con Carlos fui a la primera fiesta en la ciudad de México; ahí había poetas, pintores

musicos, actores; también me invitó a un taller de anarquistas aztecas, coordinado por Héctor Zubirats, donde bebían vino tinto -cosa que no se acostumbraba en mis fiestas preparatorias- y se discutía con una decencia que no tenía nada de anarquista; todos eran muy buenos señores y señoras, y decían chistes de buen gusto y bastante cultos. Asistía también el poeta Andrés Ordoñez y otros de quienes no me grabé sus nombres ya que fui sólo a una sesión; pero me cayeron tan bien que me dije que sería como ellos, anarquista; y como me había hecho amigo de un anarquista que por ahí andaba, quedaba bien. Además me gustó más en esa sesión que en las clases de Doctrinas donde se hablaba de Marx siempre, lo mismo que cuando se mencionaba a Sócrates como cuando a Hume, Adam Smith, Darwin, Napoleón, Voltaire o San Cristóbal de las Casas. Había decidido que me chocaba esa conversación y yo no sería marxista; peccadillo casi imperdoable; no se bien por qué.

Sin embargo, el taller de dramaturgia me integró a la comunidad universitaria, me hizo pensar que debía atender la escuela, porque tenía amigos que me preguntaban acerca de lo que estudiaba y, por supuesto debía contestar. Además, ya había surgido en muchas ocasiones la necesidad de opinar de la carrera y aún no sabía nada, ni de la universidad, con su política estudiantil y sindical o las materias; entonces comencé a ir a clases. En el segundo trimestre, de las cuatro materias pasé ordinariamente dos, una en extraordinario. Seguía quedando el hueco de ICF. El problema es que ya había sido tocado por el hechizo de la escritura y se había introducido en mí la

y se había introducido en mí la duda, Hasta ese momento, la escuela no tenía ninguna referencia con el pulque de Meztlán ni con la música popular, ni con la promoción cultural tampoco. Para mí la antropología era una manera de conocer el significado de las vidas del hombre; no las razones de su circunstancia económica, política y social. Eso, pensaba yo, debía ser asunto de la economía, las ciencias políticas o la sociología. Para mí, debía de aprender a encontrar el significado de las expresiones tanto vividas como en arte de la cultura popular. Porque para mí el arte popular era esa manera de llevar a la forma un móvil espiritual que da razón a la vida misma. Pero hasta ahí no había nada de eso. O sea, no tenía ninguna relación con mí antropología. Mi contacto con las letras continuaba una relación establecida hacía ya varios años, quizás inconscientemente. Pero como nos habían dicho que teníamos que terminar el Tronco Común para cualquier cosa, o como quien dice, fuera cual fuera el derrotero de uno en la vida, había que hacer el Tronco, así que continué a la fase III de las cuatro materias, menos, claro, ICF, de la que por lo pronto había llegado a la segunda lección. Ahora sólo me inscribí en tres materias y fui de oyente, otra vez, a ICF, o más bien, pensé ir, porque por ahora la solución pedagógica de los maestros no me servía en casi nada y yo no podía vislumbrar aún si podría llegar a conocer ese asunto. En esa ocasión pasé dos materias, redacción y otra, creo que Doctrinas Políticas y Sociales III; sí, porque la de México, la acredité en extraordinario algunos semestres después, cuando ya estaba en antropología, por supuesto la pasé invicto, con MB ya que los temas eran muy vistos en la

carrera. Bueno, con eso quedé listo para ingresar a la carrera de antropología. Por fin iba a saber cuál era la razón que tenían los compañeros para responder con el casi onomatopeya ¡qué padre! cuando les respondía que antropología a su pregunta sobre qué profesión cursaba en la universidad. Por fin sabía porqué era bien padre ser antropólogo. Ya antes había ido al Departamento y había solicitado información, como lo sugería un letrero aparecido en esos días por toda la Unidad. Me atendió, después lo supe, Esteban Krotz, quien me recomendó leer un libro para irme dando una idea. Se trataba de Antropología Aplicada de George M. Foster, de los breviarios del FCE. No leí más de un capítulo, pero con eso ya podía dar una explicación cuando me preguntaban que de qué se trataba la carrera que había escogido y estudiaba. Les platicaba el cuento aquel, que narra el libro, de las letrinas y los lavaderos. Les explicaba yo que, a veces, ~~que~~ el gobierno de un país emprende cambios o mejoras en la prestación de servicios que, por buenos que sean, no resultan; eso porque no analizan, les explicaba, las condiciones culturales de las comunidades. Entonces contaba lo de los lavaderos, que a pesar de tener agua caliente nadie usaba. Lo que sucedía era que no estaban dispuestos de manera que permitieran la convivencia y el chismerío entre las señoras, como en el río, y por eso era una obra que no funcionaba. Con eso me dí a entender mucho tiempo. Pero, con ello esperaba un poco aprender a ver eso cuando estudiara antropología.

Así que para cuando ingresé al Departamento de Antropología de la División de Ciencias Sociales y Humanidades de la UAM-I yo

esperaba más o menos lo siguiente:

Como en las clases de ciencias sociales siempre había una resolución en la lucha del bien contra el mal, y los alumnos y profesores se empeñaban en encontrar esa solución siempre, yo quedé convencido de que los que estudiaban ciencias sociales eran buenos necesariamente; y ellos, por su claridad de conciencia iban a decidir lo que debían de hacer los malos, o sea, los gobiernos capitalistas; y al pueblo, claro, por si no lo sabía. Así que había que enfatizar varios puntos: uno, descubrir los rasgos del capitalismo en cualquier sociedad; otro, no hacer nada que no beneficiara al pueblo y atacar ideas erróneas de procedimiento. Yo creía firmemente que los científicos sociales no eran gandallas bajo ningún motivo. Bueno, decir que la escuela estaba tan llena de gandallas como cualquier otra no tiene mucha utilidad; lo que si es que cambié de opinión rápidamente.

Mis clases habían sido de moral política. Bueno, a las que fui. Como profesional tenía el deber de ser bueno, o sea, estar contra el capitalismo, no ser reaccionario -ay de mí si por alguna razón llegaba a ganarme tal epíteto- y comportarme en "buena onda" en la vida diaria. No decir mi novia, sino mi compañera, aborrecer las corbatas y los pantalones de casimir, a menos que se tratara de un corte de los años cuarenta; no opinar nada en contra de la marihuana y el alcohol; tener un viciecillo por ahí, y si no, no por moral, que en el léxico de la buena onda se le llama moralina o moralismo -fea palabra para las buenas costumbres, que nadie quería llevar auestas- sino por adopción

También, por ejemplo, preferir a las chicas sin maquillaje y con huipiles sobre el pantalón de mezclilla, y jamás usar portafolios, sobre todo si eran Samsonite.

Bueno, dije yo: Me gusta la profesión. Me adapté lo más que pude, y con ello entré al gremio, aunque seguía con los mismos conocimientos.

La primera clase fue una llamada Antropología Social General, impartida por el maestro Juan Vicente Palerm, entonces jefe del Departamento de Antropología. Un señor fornido y con barba, de voz tenue, que hablaba al grupo de quince que éramos, como si estuviera contándonos una anécdota del día a sus hijos mientras ambos veían la tele, y él, por su parte, expelía densas bocanadas de humo. Nos dió la bienvenida e invitó a varios profesores para que nos platicaran acerca de las diversas áreas de concentración con que contaba el Departamento. Nos explicó en qué consistía el Plan de Estudios y nos llevó a un recorrido de campo -que era la práctica etnográfica que incluía la materia- por Valle de Santiago, Gto. Ahí había un grupo realizando investigación con campesinos que trabajaban el coamil en los pedruscos del Valle. Había un cuate que era el más aplicado y dirigía al grupo, y una chica muy guapa, sobresaliente también. Los dos se encargaron de explicarnos los pormenores de su trabajo. El tipo nos llevó a los coamiles y nos dijo que se trataba de una forma de producción que permitía que los campesinos continuaran en la tierra, o algo así. Por la noche, en su alojamiento nos sometió a una insufrible explicación de su teoría, mientras algunos de nosotros, o al menos yo, queríamos echar relajo. Se disgustó con-

migo porque no le hice mucho caso y me acusó con el maestro, así que me saqué mi bien merecida B. Y es que de ahí en adelante el asunto sería así; las calificaciones y-porqué no- la adquisición de los conocimientos mismos eran condicionadas por el ambiente que se propiciaba; un poco obvio para nuestra carrera, aunque no para otras donde el sistema más ortodoxo calificaba en estricta concordancia con los conocimientos en el momento de evaluar. El criterio para calificar era más o menos así: La buena onda junto con conocimientos MB; la entrega de trabajos y asistencia más o menos constante, B; relajo, inasistencia o escacés de lecturas S; la NA solamente para la inasistencia al curso, sin siquiera la buena onda, que podía salvar la situación siempre. La regla, como todo el mundo sabe, se violentaba con Laura González, quien calificaba con el estómago; así que con ella: MB docilidad y risa permanente; B, interés, S, ganas, sin docilidad, y S, visceral. La otra materia era antropología marxista, impartida por Gloria Artis.

Ahí sí le perdí la pista, como perdido estaba en un grupo numeroso, de los más numerosos de ese entonces, con cerca de 20 alumnos. La clase, de la cual no conservo ningún apunte -si es que los hubo- consistía en una serie de divagaciones sobre temas que salpicaba la plática, en especial con un alumno que parece tenía estudios de filosofía, y mencionaba a Sócrates junto con la palabra epistemología, ininteligible para mí en ese entonces. Era una especie de marxismo de términos, es decir, se mencionaban nombres y conceptos, con una vaga alusión a sus significado. A la semana la maestra tuvo que ausentarse y solía encargarse a ese alumno la exposición de la clase. No me gustaba su simulada eru-

dición ni la monotonía de su voz, suave pero susurrante, así que a la segunda ocasión que estuvimos encargados con él me salí para no volver. Está de más decir que reprobé la clase. Otro curso que me iniciaba en los menesteres de la antropología era Lengua y Cultura, impartido por el doctor Hopkins, un guero que llegaba con su termo de café y nos hablaba entre dientes y pipa. Su discurso no era muy enfático, porque se cortaba por sus esfuerzos por encender la pipa -yo pensaba que el canijo tabaco debía estar húmedo porque nunca prendía- y ya que prendía, no lo dejaba pronunciar su imperfecto español, porque limitaba el movimiento de su boca. El libro de texto era El Lenguaje de E. Sapir, extraordinario libro que descubrí diez años después en mis lecturas personales y lo convertí en texto básico. Cosa que no pudo hacer el doctor Hopkins. Solamente avanzamos unas páginas, y con ello nos perdimos lo que creía después, debió haber sido una de mis clases favoritas. Eramos, me parece, seis alumnos; yo resulté con NA. La cuarta clase era la preparación para práctica de campo. Al enterarme yo de semejante posibilidad dije, vamos a ver de una vez de qué se trata la antropología. Así que me alisté con el grupo que viajaría a Ciudad Juárez con el doctor Gilberto López y Rivas y su esposa, Alicia Castellanos, quien iba a concluir la investigación para su tesis doctoral. El grupo era numeroso, de cerca de doce personas, de las cuales cuatro éramos de primera práctica, Mario, Rafael, Sofía y yo. En ese seminario de preparación yo no entendía muy bien el asunto. Se trataba de antropología urbana, aunque yo me había anotado en etnología; pero como, por la misma razón López

y Rivasera mi tutor, me sentía en confianza. Se trataba de elaborar un proyecto de investigación; yo decidí hacerlo con Sofía, que era mi novia y la había conocido en el taller de composición dramática. Ella iba para sociología, después, por su amistad con chicos de filosofía le entró la duda entre filosofía y letras, que había iniciado en el taller. Su relación conmigo la llevó a la antropología. Hacer un proyecto para mí era más que imposible ya que según yo, la antropología veía algo así como lo no muy perceptible de la sociedad, su vida particular, y en ese sentido había que analizarla. Pero en general, los proyectos se basaban en marcos teóricos que explicaban las razones de ciertos conflictos o fenómenos sociológicos. O sea, porqué y cómo explotaban a los trabajadores, o por qué ganaban poco, o la causa de su pobreza; en fin. Se trataba de estudiar la condición económica y social de sectores en conflicto. En una palabra hacer la radiografía de los estragos del capitalismo. En el seminario cayó en mis manos un libro titulado Antropología del Petróleo, o la que genera esa economía. Era antropología cultural. Yo desconocía esos términos, pero lo decía a Gilberto López y Rivas, que quería hacer algo así, pero no sabía como agarrar el hilo. El me estimulaba, pero no nos entendíamos muy bien. Después supe que mis pretensiones tenían algo de pecaminoso, o en términos de los compañeros de anticuado y reaccionario y caían en la tan ya criticada antropología culturalista; supe también que por esa razón había llegado; pero en ese momento no se debía aceptar. Así que me sentí frustrado. O más bien bobo, porque no

sabía qué hacer. Finalmente tomé un tema obvio. La lucha política y conciencia de clase en los trabajadores indocumentados. Interesante, pero no para mí. Desde el punto de vista que lo viera eso era antropología, ya que se analizaba un asunto, se discernía y se revelaban razones; más que suficiente. Así que me documenté con los libros del COLMEX y los artículos de Jorge Bustamante, así como reportajes aparecidos en el uno más uno, periódico de moda intelectual de la época. Si lograba analizar el asunto en la secuencia: problema, planteamiento del problema, marco teórico y estudio del caso e hipótesis, había hecho antropología. Me comencé a preguntar, si así era el caso, cuál era la particularidad de la antropología. En qué se diferenciaba de lo que hacían los sociólogos o los periodistas que también investigaban. Pero como lo que quería era salir al campo, me fui. Un día, a las cinco de la mañana, nos reunimos en la colonia Narvarte, me parece, y emprendimos el viaje, a bordo de una camioneta Wagoneer azul, con el logotipo de la UAM y una nota que constataba que andaba en perfectas condiciones ya que había salido el día anterior del taller mecánico. Ibamos solamente cinco, los demás nos alcanzarían en Cd. Juárez.

#### EL VIAJE

Mi trato con todos se había reducido al saludo y la ocupación de un lugar en el salón de seminarios por poco más de dos meses. No bien habíamos salido de la ciudad de México hubo moti-

vos para comenzar a tratarnos, en especial Gilberto y yo. El primero fue que pasando Querétaro se descompuso el limpiador del parabrisas, y tuvimos que ver la manera de arreglarlo. Hallamos un pequeño taller a la orilla de la carretera donde nos solucionaron momentáneamente el problema ya que aunos kilómetros más adelante volvió a descomponerse. Gilberto conducía y los demás inventábamos la manera de lograr visibilidad. Alguien sugirió el anfatable tabaco; otro un hilo que se jalaría por ambas ventanillas sincronizadamente; pero fracasaron; el primero porque el agua se convertía en pequeños ríos que viajaban entre basura y cigarro, y el segundo porque el frío obligaba a meter las manos apenas se había jalado el hilo. El viaje era lento, tal que en las últimas horas antes de llegar a Zacatecas, fuimos siguiendo la sombra de un camión de volteo, quien pacientemente nos llevó hasta la ciudad. Para esas alturas, la relación entre nosotros se había estrechado como no había sucedido en casi tres meses. Gilberto y yo encontramos que nos era muy fácil cooperar y bromear; y nos distribuimos muy bien el trabajo y los chistes, o la conversación divertida al alimón. Dormimos en Zacatecas. Al otro día salimos, a media mañana. Apenas íbamos unos treinta kilómetros cuando algo sucedió a la Wagoneer. No hubo manera de hacerla caminar; ni los ángeles verdes, ni un maestro mecánico que llevamos de Zacatecas. Ahí, a la orilla de la carretera, esperando ayuda, una grúa, comenzamos a platicar cosas personales. En la ociosidad, Gilberto trató de inventar cómo poner café express en su cafeterita italiana; luego con piedras nos explicó como se lanza una granada; los demás prac-

ticamos también, ahí, a la orilla de la carretera. Ya en la tarde, tomamos un autobús rumbo a nuestro destino, Ciudad Juárez, Chihuahua. En la ciudad teníamos ya alquilado un departamento. Inmediatamente llegamos fuimos al café Madrid, recomendado por Gilberto porque era el único lugar donde había café express y vendían una sopa de verduras con apio, muy rica. A los dos días llegaron los demás compañeros y comenzó la práctica; y una convivencia caracterizada por el intercambio existencial y el desfogue de dudas y preocupaciones, casi todos planteando el porqué de nuestra presencia ahí. Unos tenían el problema de que la realidad era demasiado cruda como para ignorarla, pero imposible de mejorar por nosotros. Otros, que la vocación no estaba realmente ahí. Pero el matiz principal eran las dificultades de convivencia, que se resolvían en una relación muy amistosa, pero en conflicto; que Sofía y yo no comíamos carne, que Regina Cohen se dormía muy noche, que Rafael extrañaba a su compañera y contaba los días para volver, que Norma tocaba diario su casete de la trova cubana, que Lorena sólo hacía turistear, que Ludmila cocinaba sin sazón, que María Elizabeth se preocupaba maternalmente por todos, que los rurales, María Inés y Mario, se sentían solos, que a Nivón le exasperaban mis casetes de rock. En cuanto a mí, la relación con la antropología estaba dando un titubeante salto; que no se si sucedió realmente. Lo que sí es que mi relación con Gilberto López y Rivas me permitió dar un verdadero brinco profesional, aunque no estoy seguro en cuanto a de qué profesión se trataba. Pasé, en esos días, del entusiasmo de aficionado a palpar las primeras hebras

de un oficio serio y, por incierto, más o menos solitario. Gilberto se comportaba como un verdadero antropólogo, hasta donde entiendo yo; todos los momentos de su vida, desde la salida de la ciudad de México, eran de observación, cuestionamientos, temas de estudio, notas en los cuadernos religiosamente colocados en la bolsa trasera de los jeans (en sustitución del infame paliacate rojo). Así que después de comprar las colchonetas que serían nuestras camas, calimos a recorrer la ciudad, nuestro primer recorrido de campo. Por la noche había que escribir en el diario de campo; un cuaderno scribe, forma francesa, de pasta dura; utilizando la página limpia y dejando la vuelta. En el margen se pondrían los posibles títulos de las fichas y, en la vuelta. En este caso, las observaciones de Gilberto, quien revisaría periódicamente los diarios. Mi diario, a sabiendas de lo que leería en él, a veces expresaba mis preocupaciones y quejas. Después de la revisión encontraba un respuesta, algo cariñosa para el diálogo. Viendo a distancia, era como un taller; o sea, la artesanía de la antropología social. Porque no había cátedra, sino observaciones y consejo en la medida en que yo iba construyendo mi aprendizaje.

Por ejemplo:

Primera nota: "numera página".

En la página 2, después de que yo, al hablar de los covotes (hay que recordar que estábamos en la frontera y trabajando con **documentados**) digo: "Dicen no tener contacto con los contratis-tas. Algo que hay que investigar es ¿A quién pasan?, pues casi

todo mundo pasa solo. Se nota solidaridad en el pase (del río Bravo)," se me anota: este es el tipo de preguntas y el tipo de observaciones que son útiles; regresa a las mismas y contéstalas en estas páginas en blanco, para eso sirven".

En la misma hoja, más adelante, hago la siguiente observación:

"La influencia cultural se deja ver en cuanto a la personalidad..."

En la página contigua, por parte de Gilberto dice: "no es la personalidad, es la indumentaria y la apariencia. Usa correctamente tus términos manis".

Era un diálogo intelectual bastante sencillo, pero preciso, porque estaba concretamente dirigido a puntos específicos de mi trabajo. Otro ejemplo: Después de una enumeración de opiniones que yo hago, encuentro esta nota: "Sitúa a los informantes más claramente para valorar su información, da una opinión al respecto, en fin, suéltate muchacho". O esta otra: "Reflexiona más sobre la detención, (un día que nos detuvieron) recuerda detalles y dale más forma; usa comas, punto y coma, etc. Tienes que dominar el lenguaje para que tus descripciones sean mejores y para ello hay que practicar, después se vuelve hábito".

Una de mis informaciones meditada y con caprichuda queja, decía:

Jueves 7 de febrero

Llevé a cabo dolosamente una entrevista. No la apunté textualmente; hubo dos razones, una, y no se si está de acuerdo con el trabajo profesional, fue que me puse a platicar como si estuviera haciendo una entrevista, platicando de mí, y de él. Claro que hice todas las preguntas de mi cuestionario, nadamás que cuando preguntaba se cortaba la comunicación y las respuestas eran de

una pequeña frase, o buscaba lo que pudiera parecer más correcto..."

La nota de la página contigua decía así: "Es posible sostener una conversación "humana" con o sin libreta; no es el uso de la libreta lo que le da el carácter sino cómo dirijas la conversación; es necesario que aprendas a usar la libreta y que al usarla "humanices" tu plática".

Este taller a través del diario de campo, los recorridos por el Chamizal en la combi roja que alquilamos con la American Express de Gilberto, muertos de risa por las bromas. La frase que escuchábamos cada que pasábamos por el consulado de los E.U. ("la sucursal de la CIA en México"), el curso de ontología marxista, que comenzamos algunas noches en el cuarto de Gilberto y Alicia; la fiesta de mi cumpleaños, con ron y carne adobada, cocinada por el buen López y Rivas, todo eso terminó pronto, Gilberto tuvo que regresar debido a que lo invitaron a participar en la campaña de alfabetización de Nicaragua. Nos quedamos bajo la supervisión de Alicia Castellanos y Eduardo Nivón. Yo, a los pocos días había dejado cualquier entusiasmo; se me figuraba que mi trabajo no tenía mucho sentido; primero, porque no podía hacer nada por la realidad que observaba y, luego, porque hacer eso, no era mi pasión. Mi diario de campo era mi reflexión vivencial de mi relación con la antropología, si eso era lo que hacía yo. En una de nuestras conversaciones, me dijo Gilberto: Mira, quédate estudiando antropología, aprende a usar los métodos, y cuando los sepas, podrás hacer con ella lo que quieras. Me lo dijo porque yo había dicho que volviendo a México cambiaría de

profesión. Me animé y continué mientras él estuvo en la UAM, con esa idea de que mientras mejor pudiera manejar ciertas herramientas más podría hacer lo que quería.

De regreso, pasé un trimestre y nuevamente me anoté para la segunda práctica de campo, animado por López y Rivas ára que me sumara al grupo que él coordinaría en una investigación en Oaxaca. Según las disposiciones del reglamento, uno no podía ir al campo con el mismo profesor dos veces. Pero Gilberto dijo que el asumía la responsabilidad. Así que me fui. De hecho, durante el tiempo que él estuvo en el Departamento de Antropología yo estuve en actividad con relación a la vida del mismo. Era mi nexoy, oficialmente, tutor. Pero más que nada, una relación de amistad que se inició la mañana que salimos hacia Ciudad Juárez y que me sostuvo en antropología por razones que no tenían nada que ver con el Plan de Estudios.

Se podría decir que los momentos de mi formación fueron esos: la introducción a la universidad, el principio en el Departamento de Antropología, las materias tomadas para ir cubriendo los créditos necesarios, las dos prácticas de campo y, después de la segunda, la ausencia de Gilberto López y Rivas, al tomar el cargo de director de la ENAH. Después de Ciudad Juárez, la estancia en los diferentes cursos fue parecida en todos, no así el viaje a Oaxaca, donde entraba a mi área de concentración, etnología. En esa ocasión, viajamos Miguel Reyes, Luise Enkerlin, Alina Torrero, Sofía Rodríguez, Ester Rentería, Azalea Calleja y yo. Nos distribuimos en tres comunidades para ir rotando en

lapsos de 20 días, con reuniones en una población, Putla, Oax. Había que estar en San Pedro Amusgos, Santa María Zacatepec y la Zona Triqui. Ahí estaba nuestro tema escogido: los indios. Curiosamente ahí no hubo conflictos de grupo, quizás porque no estábamos juntos y nuestra relación con el profesor era en las reuniones ya que él mismo estaba elaborando su proyecto acerca de las minorías étnicas, con viajes a la ciudad de Oaxaca y México. Las relaciones de grupo eran menos estrechas e intensas, y nuestro desempeño más profesional, digamos. La problemática de los indios era bastante clara en cualquier aspecto que se le observara, así que no había problema. Quizás sí cuando los indios nos decían que si podíamos hacer algo por ellos, pero no más. Por otro lado, el trabajo tenía algo de especial, si no exótico, si se acercaba al nivel de que ahora había algo que contar.

Por desgracia la vivencia de algo bastante sabido, nos rectificó patrones que no nos impactaron como en la ocasión anterior. La enseñanza principal adquirida fue la de convivir y resolver la vida en la comunidad objeto de estudio. Gilberto nos indujo a resolver situaciones, como buscar hospedaje, alimento, mediar, sacar información por métodos poco ortodoxos o que en apariencia no revelaban lo que directamente nos interesaba. Nos sentíamos antropólogos más completos. Cada semana buscábamos la revista Proceso para leer el artículo de García Márquez y Bugie el aceitoso, que llegaba con una semana de retraso y, a veces, con ironía, comentábamos de cómo nuestras aficiones nos perseguían hasta allá, cuando en ese momento la entrega a la antropología de-

bía ser total. Yo llevaba mis libros de poesía y casetes de Lennon y Mozart; Azalea sus libros religiosos, Gilberto una novela de espionaje socialista que nos platicaba emocionado. Miguel era el ejemplo de antropólogo social en terreno de indios; solía echarse la mochila al hombro y emprender caminatas que lo desaparecían tres o cuatro días. Cuando nadie sabía de su paradero, llegaba justo a la hora de una reunión del grupo. Justo cuando ya estábamos preocupados. Sus notas y diario de campo no eran muy elegantes, a veces con deficiencias técnicas abundantes, pero con mucha información; Gilberto decía que era el antropólogo natural. En mi caso me salvaba por las cosas que contaba en el diario, o porque gustaba el escrito. Para esta etapa estábamos ya convencidos de que nuestro sitio era en la antropología, aunque no se podía demostrar mucho. Pero sucedía que nos habíamos integrado a una comunidad de personas, que eran nuestros amigos, que compartíamos experiencias, que nos conocían y que eran ya, o aspiraban, antropólogos. Para esas alturas había que seguir.

Cuando volví de la práctica de campo conseguí mi primera chamba, como encargado del Centro de Documentación de la Promotora del Maquey y del Nopal. Las generaciones que existían cuando ingresé al Departamento, con quienes no había tenido ningún trato, ya no estaban; había compañeros nuevos, con quienes compartía los licores que fabricaba un amigo del trabajo, en el laboratorio de ahí. Sin embargo, mi situación en las clases no había cambiado en absoluto; no cambio nunca, quizás solamente

cuando tomé el curso de Estructuralismo Francés, impartido por Roberto Varela. De esa clase me acuerdo de casi todo. Me fascinó, no solamente porque leí a Levi Strauss, de quien quedé admirado, sino porque se conciliaba con la idea de antropología que tenía desde el principio, cuando no sabía ni de que se trataba. No recuerdo haber faltado; leí casi todo, seguí con atención las solemnes disertaciones de Varela; por primera vez intenté exponer un tema; eso sí, sin mucho éxito. La timidez, no combatida nunca, no iba a terminar nadamás por mi entusiasmo por el tema. De las sesiones que me dieron una visión más rotunda de los estudios de antropología fue ese curso. Me absorbía al saber que atrás de las formas de relación humana había una explicación trascendental, no impuesta exclusivamente por la política, la economía y el poder. El concepto de arquetipo, básico para la comprensión del fenómeno artístico estaba ahí. Digamos que había rasgos espirituales, instituciones de supervivencia humana, visión de una realidad cosmológica determinante. Mucho tiempo dije que si algo tenía de antropólogo era lo que había aprendido en ese curso. Pero también comprendía que había un estigma tremendo sobre esa opinión; el estructuralismo se veía como un curso de información después de que, por supuesto, a nadie se le iba a ocurrir seguir ese rumbo. Era como negar el papel que como profesional de este tiempo y este país teníamos todos. Así que significaba algo así como una afición ínitima. Por otra parte tomé cursos interesantes. Antropología Urbana con Alicia Castellanos, donde me enteré de la realidad de las ciudades modernas. Antropología Marxista, con Andrés Fábregas, que ahora sí pasé, también con trabajos; Modos de Producción no Capi-

talista, que se convirtió en mi mayor martirio de la carrera. La tomé con Falomir, pero nunca pude leer los Grundrisse, ni meter en mi mente lo que era un modo de producción no capitalista, me atormentaba la cuestión y me refugiaba en la novela de Julio Cortázar, Rayuela, que leí en ese entonces. Luego la cursé con la insufrible Laura González, quien rechazó mi trabajo porque un día no estuve de acuerdo, en su clase, con alguna idea, es de sobra conocida esa actitud; después intenté examen extraordinario con Nivón, pero no pude elaborar el trabajo, me inscribí con Ana Paula de Teresa, pero no fui porque no aceptó mi propuesta de cursar mediante el sistema también usado de lecturas dirigidas. Así se convirtió en la última materia que pasé de la carrera, diez años después, en emergente examen extraordinario, con Ana Paula, quien enojadísima aceptó condiciones distintas a las que yo proponía. Ella quería hacer examen escrito a puerta cerrada y yo presentar un trabajo, como lo habíamos hecho, casi siempre, cuando yo cursé las materias. Igualmente llevé Sociedades Africanas, con un maestro de la ENAH que admiraba a Cuauhtemoc Cardiel, de quien afirmaba que era un antropólogo nato, por su pasión por desentrañar las redes de los sistemas que analizábamos. Con un libro pasamos por distintas culturas africanas primitivas. Sociedades Andinas, con una simpatísimma maestra peruana que nos platicó de una investigación que efectuó en los Andes y nos ilustró acerca del control vertical de la economía en esa región. Otra fue Relaciones de Parentesco, que me gustó por su parecido con Estructuralismo Francés; de ahí no recuerdo, están registradas en mi kardex, pero no las recuerdo. Pero no importa mucho para estas alturas, mi forzado ingreso

a la comunidad se había efectuado ya; las deficiencias teóricas o de formación pasaban a segundo plano. Mi papel como estudiante y casi antropólogo se resolvía en la vida diaria en el Departamento; entre el consejo de redacción de la revista *Práctica*, donde hicimos actividad ya del oficio, ahí con Rodrigo Díaz, Artemia Fabre, Rosy Mendoza y Sofía Rodríguez, dimos un carácter de gremio a las particularidades generales, o sea, a la música de rock, la literatura y las cantinas del centro de la ciudad de México. También fundamos el TLAcuache (Taller Libre de Antropología), inspirado en aquel taller de anarquistas al que fui cuando ingresé a la UAM, al que invitamos a casi todos los compañeros, pero donde fueron sobresalientes Miguel Riva Palacio, Mauricio Lavalle, que regresaba de Europa, Eduardo Taban, el cachito, Cuauhtémoc, Norma Elizondo, las Teres, los compañeros de *Práctica* y otros más. De ahí salió la idea de apoyar la candidatura de Varela para director de CSH; de rebautizar el Salón Veracruz, que quedó no El Abando, por Lecumberri y la novela de *Revueltas*, y sobre todo la idea del taller.

Este taller comenzó en mi cabeza y con unas cervezas que tomábamos en la banqueta a dos cuadras de la Unidad Iztapalapa de la UAM, o más bien, en el interior de la tiendita, ya que la señora nos tomó simpatía y nos dejaba entrar a un cuarto donde nos destapaba las caguamas. Con dos ya se formaba el grupo, y Alfredo Navarro siempre estaba dispuesto. Ahí hablabamos del movimiento que no había en el Departamento, es decir, nuestro Departamento de Antropología era solamente una serie de cubículos y una oficina desde donde se trataba de manejar eficazmente una licen

ciatura. Pero, decíamos nosotros, no había espacios donde pudiéramos charlar, echar relajo, interrelacionarnos como generación de condiscípulos y de pensamiento. Las relaciones sociales de los presuntos antropólogos se daban en otro lado; en las fiestas o en el camino a la escuela; o en los aventones, ya que no había transporte regular a la escuela; había algo así como la ausencia de una cultura estudiantil propiamente dicha. Estaba por un lado la actividad política, trabajo muy concreto o unido a un discurso; estaban las clases; pero lo que se dice una cultura juvenil de estudiantes, la que se desprende de los chistes en el camión, de los grupos por la calle, de la holgazanería en los jardines, del ir de aquí para allá, no había. No existía espacio para ello. Porque los espacios de la Unidad no estaban abiertos, todos los sitios eran de paso, no para "estar", hacer una cultura.

Yo me había quedado con la nostalgia de C.U. de la UNAM; ese campus donde uno es estudiante solamente por el hecho de estar ahí. La UAM nos presentaba características orgullosamente funcionales, y al alcance de nuestra mano, pero no para esa vivencia escasa o extrauniversidad, dicho en este tiempo, podríamos pensar que las relaciones que perviven se sostienen por causa externas a una licenciatura, un saber, un aula, un edificio.

Pues en esa banqueta se inició la idea del TLAcuache; publicamos después una proclama en el corcho estudiantil, con las bur-las de Cuauhtémoc, quien anónimamente respondía a cualquier tono pequeño burgués y fatuo, para después ser su principal motivador. La primera sesión fue en casa de Javier Lozano, en la Co-

lonia del Valle; ahí nos dimos cita temprano el comité de alimento, para preparar abundantes garnachas y cubas, y después la reunión donde por turno se contestó a la pregunta: ¿Cómo llegaste a la antropología? Recuerdo poco las respuestas, demasiado largas, por cierto, quizás la de Cuauhtémoc, quien en un viaje para buscar chamba, en algo relacionado con la administración de empresas, leyó la convocatoria para ingresar a la UAM, y por no se que razón escogió antropología; o la de Miguel Angel Riva Palacio que se desesperó por la voluminosa carga de mapas en espera del tranvía para ir a la escuela de geografía, y decidió, al tiempo que daba la media vuelta para regresar a su casa, abandonar la carrera, posteriormente a favor de la antropología. O la mía, que inexplicablemente comenzó con el relato de la descripción de mi primer recuerdo infantil, de la ocasión en que llegué con mi familia a un polvoroso pueblo llamado Santa María Nativitas abordo de un camioncito Ford T, con rines de rayos todavía, propiedad de mi padre. Así por ese estilo eran las sesiones, un poco rollo, un poco alcohol, un poco fiesta. Tratamos de revivir el taller cuando trabajábamos en el INI, pero solamente se llevó a cabo una fiesta.

Era casi el año 82 cuando debía ausentarme de la UAM porque casi había terminado los créditos. Dejé de trabajar en la PROMAN, di algunas clases en la Escuela de Enfermería del Instituto Nacional de Cardiología, trabajé medio año en la SPP e ingresé al INI, mi primer trabajo antropológico propiamente dicho.

Aunque nuestra estancia en el INI significó mucho para nosotros, desde nuestra salida del Instituto nunca tomamos la pluma para contarnos a nosotros mismos sobre el significado que tiene la vida de la burocracia indigenista. Quizás nos tomamos muy en serio la idea de algún día escribir una crónica, que nunca haremos, porque el colorido del paisaje del INI se ha ido borrando hasta quedar en unas cuantas pinceladas, que ya en este momento nos es difícil recordar. Vamos pues, a platicar algunos rasgos de lo que significó incursionar en el INI a unos antropólogos en ciernes, con estudios en la UAM.

Llegué al INI por invitación de Miguel Reyes, un ex-compañero de la UAM, con quien como ya he contado, había compartido unas semanas de práctica de campo en Oaxaca, bajo la supervisión de Gilberto López y Rivas. El Miguel era uno de los cuatro antropólogos que esperaban al maestro Ricardo Pozas en la Subdirección de Investigación Antropológica, cuando éste llegó junto con el nuevo equipo de funcionarios de Miguel Limón Rojas (hay que recordar que el anterior director había sido destituido bajo la acusación de fraude a principios de 1984). El maestro Pozas venía muy entusiasmado porque le habían prometido que el INI podía hacer que sus planes de siempre se hicieran realidad, y él pensaba impulsar su proyecto de investigación-acción. Para esto se hacía acompañar de Renato Ravelo, ex-empleado de la UAM, con un par de libros sobre movimientos campesinos. Pozas y Ravelo expusieron sus intenciones a los cuatro antropólogos y éstos estuvieron de acuerdo; entonces les encargaron que se consiguieran un

grupo numerosos de antropólogos capacitados y con ideas liberales, para que se entregaran de cuerpo y alma al proyecto de investigación acción. Los encargados de reclutar al personal habían llegado a la conclusión de que los mejores antropólogos en ese momento eran los egresados de la UAM; los respaldaba el prestigio del grupo de profesores que habían desfilado por el Departamento de Antropología desde sus inicios. Tanto que cuando nos entrevistaron fue definitorio el que les comentáramos sobre con quienes habíamos ido al campo o recibido clases. Decir Fábregas, López y Rivas, Varela o Krotz era excelente carta de presentación. Así que fuimos contratados como los primeros del numeroso grupo que se esperaba; recibimos las primeras jefaturas de oficina. A mí me tocó la de análisis metodológico. Éramos entonces cuatro antropólogos de la UAM, cuatro de la ENAH y uno de la Ibero, además de Pozas y Ravelo.

Cuando nosotros llegamos se había elaborado ya el primer trabajo; un documento que reunía los conceptos que usaría Pozas para su proyecto, junto con algunas ideas de lo que se pretendía hacer. Que era más o menos lo siguiente: formar investigadores en las propias comunidades indígenas para impulsar proyectos de autogestión que tuvieran como mira la resolución de los principales problemas de los pueblos de indios, a saber, de la tenencia de la tierra, el caciquismo, nivel de vida, degradación ecológica y otros. La idea, desde ese momento, comenzaba a no gustar a las autoridades del Instituto; al parecer, según

ellos, Pozas se estaba tomando demasiado en serio sus ideas; la situación iba más allá de lo que tenían planeado, a saber, que la figura del viejo maestro le diera autoridad a la investigación en el INI, simplemente; pero no era para cambiar las cosas. Le decían que sí, pero no cuándo; aunque ya se sabía: nunca. Sí, porque desde la exposición del primer documento ya no llegó nada para la Subdirección, ni autorización para contratar el resto del personal; ni material de trabajo; vaya, ni siquiera un espacio para ubicar a los que ya estábamos. El maestro no perdía el entusiasmo, por supuesto, y nos pusimos a trabajar. Trabajaríamos como equipo, es decir, distribuiríamos las partes del proyecto para desarrollarlas, cada una dos antropólogos por lo menos. De la denominación que tenían nuestros puestos era cosa de ir la olvidando desde el principio. Yo, por ejemplo, nunca supe lo que los diseñadores del organigrama (los primeros seis) pensaban que hiciera la oficina de análisis metodológico en ese proyecto. Pero, a decir verdad, nosotros también estábamos entusiasmados. Así que dijimos que lo sacaríamos adelante pasara lo que pasara. El sistema de trabajo era el siguiente: cada quien desarrollaría su trabajo por separado y periódicamente realizaríamos reuniones, que desde entonces les llamamos "plenarias", para discutir y llegar a un acuerdo; eso mientras nos autorizaban la salida al campo, para comenzar nuestra obra de redentores de los indios, al fin.

El primer día, Mauricio y yo, (que ya para entonces hacíamos pareja intelectual) nos fuimos a investigar; la cosa era ha-

cerle más o menos como le hacíamos en la UAM para las prácticas de campo; sacamos nuestros apuntes de lo que López y Rivas me había dicho a mí sobre cómo hacer un proyecto; Mauricio los que le dió Fábregas y comenzamos. Regresamos al INI, conseguimos una máquina de escribir y de un tiro nos echamos casi diez cuartillas sobre caciquismo, que era el concepto que había que desarrollar. Inmediatamente vino a nuestro encuentro Eliseo (que también era nuestro compañero; o más bien, quien fue el que nos contrató) y nos dijo: tiene muchos años que en esta subdirección no se trabaja así. Bueno, nosotros nos hicimos los modestos, pero estábamos algo satisfechos. Le echamos ganas, pero creo que fue la única vez, porque después vinieron las plenarias. Nunca pudimos ponernos de acuerdo en una reunión de esas; y no porque tuvieramos ideas muy distintas o muy radicales, sino porque sucedían cosas, chistosas o lamentables, quien sabe. Al maestro Pozas solía olvidarsele los acuerdos a los que habíamos llegado la sesión anterior y teníamos que aceptar nuevo procedimiento, muchas veces cambiando todo a sabiendas de que en la próxima reunión sucedería lo mismo. Ravelo, animoso e influido aún por los aires "revolucionarios" de la UAG era, a nuestro gusto, "demasiado revolucionario". Él pensaba seriamente en que íbamos a levantar a los indios y por nuestro medio saldían de su pobreza. aún con el desacuerdo del INI o cualquier instancia burocrática. Nosotros, a veces, nos contagiábamos también; lo cual no era malo; lo malo era que perdíamos la perspectiva de las cosas. Nuestras reuniones eran apasionadas disquisiciones sobre el destino de los indios, pero al mismo tiempo ignorábamos lo que el INI pen-

saba hacer con nosotros. Total, que las plenarios continuaron, pero nunca terminamos de definir los conceptos y eso, por razones personales, por cuestiones, incluso de carácter, por parte de quienes integrábamos el equipo. Al poco tiempo, viendo que era imposible conseguir que se autorizara la contratación de personal, se ideó una estrategia; aprovechar la tradición que tenía la Subdirección, de otorgar becas a estudiantes de antropología, solamente que esta vez no sería propiamente estudiantes, sino una especie de auxiliares de investigación, con obligaciones para con la Subdirección y con un monto beca (salario) más alto (30, 000 en aquel entonces). Entonces, el equipo quedó integrado más o menos de la siguiente manera: El maestro Pozas y Renato como jefe de Departamento, a la cabeza. Después los cuatro pioneros, es decir, los que recibieron a Pozas, como subjefes de Departamento: Félix, de la ENAH, Eliseo, de la ENAH e Ibero, PÉpe de la Ibero y Miguel de la UAM; como jefes de oficina: Mauricio, Rosario y yo de la UAM, y Sergio y Héctor de la ENAH; se nos sumaron dos viejas discípulas de Pozas, que pidieron se les comisionara a nuestra área cuando llegó el maestro, que no supimos bien su puesto ni su propósito, Beatriz y Marlene. Después los becarios, no importa los nombres, lo interesante es su formación: dos periodistas, tres antropólogos, dos psicólogos, una socióloga, otro psicólogo, más o menos. Todos a elección de Renato, quien decía que conocía su compromiso con los desposeídos, y esa era garantía suficiente para su desempeño dentro de nuestro proyecto. Ya así las cosas era aún más difícil ponernos de acuerdo. A eso agregamos que Marlene y Beatriz no iban, que Sergio tenía líos con la justicia, se desaparecía y todo el tiempo

se andaba escondiendo y Héctor no sabía en absoluto de antropología, ni de nada. Las discusiones debilitaron la cordialidad y Renato se puso receloso con nosotros; objetó sobre nuestro compromiso, se distanció y acordaba personalmente con el maestro. Entonces cada quien se abocó a sus propios asuntos. Pepe a su tesis, igual Miguel, Félix a las cosas de su pueblo otomí y las plantas, Rosario a sus clases de inglés; Mauricio y yo también a planear nuestra tesis. Para principios del 85 retornó Patricia Casasa, sumándose al flamante equipo, que por entonces hacíamos una guía metodológica que finalmente nunca resultó porque lo que se quería no se entendió. Hicimos también un proyecto de departamento de publicaciones de la Subdirección de Investigación, para divulgar entre las comunidades indígenas testimonios de sus luchas escritos por ellos mismos. Yo quedé en ese equipo, que presenté un plan de trabajo que nunca aprobaron las autoridades. Incluía periódicos y cuadernos. Con ese pretexto hicimos dos viajes, uno a Oaxaca y otro a Chiapas, que fueron las únicas salidas al campo de que disfrutó el proyecto de investigación-acción. En ese tiempo recibimos algunas promesas de que nuestros proyectos serían aprobados, en ocasión del homenaje que la UNAM hizo al maestro Pozas, por lo que el INI se sintió comprometido, también por el accidente del maestro, en su automóvil. Pero fueron comentarios que ni a buna promesa llegaron. De la guía aún nada; continuábamos reuniéndonos en sesiones plenarias; había planes de despedir a Héctor y Sergio, los compañeros de la ENAH, porque no servían, de plano; pero ni Renato, ni el maestro se animaban, aunque lo deseaban tam-

bién. Los demás recriminábamos a Eliseo por haberlo invitado, aunque él lo negaba siempre.

En fin que al rato en la Subdirección todo el mundo tenía su propia grilla. Sergio y Héctor andaban en otras áreas pidiendo ayuda; y por ahí uno que otro vivillo les dijo que se las daba si le surtían información comprometedora del maestro Pozas. Otras dos compañeras gestionaban su cambio a otra área, donde tenían amigos. Los viejos del grupo, Félix y Pepe, como siempre, tranquilos, con una frescura envidiable. Unos tipos saludables, como poco se ha visto en estos medios. Nunca hicieron su propia grilla; decían lo que pensaban y cumplían su jornada de ocho horas, siempre. Eliseo renunció, fue para terminar su tesis de maestría, Miguel se tomó muy en serio su esoterismo y estuvo a punto de ingresar al manicure. Y llegó una compañera más, enviada por los altos mandos del INI, Leticia. Allí terminó la Subdirección de Investigación. Esta mujer, con estudios de sociología, fue enviada ahí para que auxiliara en lo administrativo, todo sobre procedimientos burocráticos. De ella sólo sabíamos que había sido secretaria particular de otro subdirector, no muy estimado, según se oía. Tomó las riendas del asunto y al rato le pidieron la renuncia a Renato, aún contra la voluntad de Pozas. El maestro, que lo estimaba mucho, se sintió al grado de que dejó todo. Evitaba, incluso, conversar con nosotros. No tardó mucho la cosa así, porque a casi un año de nuestro ingreso al INI nos pidieron también la renuncia. A Rosario, Mauricio, Sergio, Patricia y a mí. De Marlene y Beatriz no supimos, porque tenían como tres meses de no ir a las plenarios,

aunque aún formaban parte del INI. Nos fuimos; a los becarios no les renovaron las becas, y poco después despidieron a Félix y desconcentraron a Pepe; solamente quedaron las secretarias, que eran de base, Leticia y el maestro Pozas.

Al ver este recuento, nos percatamos de que la única vez que procedimos de acuerdo con lo que habíamos aprendido en la universidad fue el primer día; nuestro desempeño fue una tarea para la que no estábamos preparados; además de que nadie en esa oficina tenía algo que basara el trabajo y permitiera algún resultado a pesar de todo.

De ahí pase a la Dirección General de Promoción Cultural, como instructor de los cursos de animación y planeación cultural; trabajo eventual que desempeñé más de dos años. En ese trabajo tenía la posibilidad de dar una escasa respuesta a las preguntas de para qué había estudiado, y si se relacionaba con eso. Sin embargo, antes había ocurrido algo que había decidido algunas cosas. Cuando el INI, entre al taller de poesía del INBA, donde conocía al poeta Ricardo Yáñez, escritor de la generación de los setentas, con quien pude comenzar a publicar algo de literatura, primero en la columna De Persona a Persona del diario La Jornada y luego otras publicaciones. Después del terremoto este amigo retornó a su natal Guadalajara y me incitó, para desempeñarme como auxiliar de investigación en un Centro que fundamos, el Centro para la Escritura de Creación. Ahí volví a la literatura, dedicandome de lleno a ella. Eso es desde 1987. Ese ha sido mi modus vivendi desde entonces; publico en diversos medios, crítica de arte y de rock; hago investigación y he publi-

cado ensayos de literatura. En 1988 fui invitado al VIII Encuentro de Jóvenes Escritores y entré al directorio de escritores de México. Tengo un libro de poesía inédito y estoy trabajando en uno de ensayos, además de una investigación que dirijo en la Universidad de Guadalajara, también relacionada con literatura. Con ese trabajo ya no tengo la dificultad de explicar acerca de mi profesión y mi desempeño como antropólogo, porque es más o menos serio, es decir, ya salió de la afición. De hecho es una profesión, pero cursada, como suele ocurrir con las humanidades, con un curriculum oculto.

## 2.- MAURICIO LAVALLE O MI VERDADERA VOCACION :

Como alguna vez hicimos en el TLACUACHE (Taller Libre de Antropología), trataré en primer término de plasmar como fué que vine a dar al Departamento de Antropología Social de la UAM-I; y menciono dicho Taller dado que en aquella primera sesión, a manera de presentación, la mayoría de los participantes coincidimos en que ninguno de nosotros se había planteado con anterioridad la opción que ofrecía el estudiar Antropología; Y aún más curioso era que casi todos habíamos intentado ya otras carreras; como mi caso, que al terminar la preparatoria en el Area Químico-Biológica, decidí entrar a la Facultad de Medicina Veterinaria y Zootecnia de la UNAM; Presenté mi exámen de admisión en el Estadio Azteca y fuí aceptado. Creo que entré a Veterinaria, en parte por la entusiasta maestra de Biología de la preparatoria, otra parte de mi gusto por el campo, y otra en base a que ya conocía algo de animales, pues ya tenía algún tiempo de estarle ayudando a un veterinario. Cursé completo el primer semestre (que en realidad era el segundo, debido al sobrecupo que había en el primero), y a mediados del segundo (que en realidad era el primero) decidí dejar la carrera, principalmente por que me pareció que las materias de los primeros semestres no guardaban una relación muy estrecha con las verdaderamente importantes, además de que dichas 'materias importantes' estaban tan saturadas en su cupo, que difícilmente se podía aprender el trabajo práctico. Entonces tomé la resolución de cambiarme a la carrera de Biología pero ya no en la UNAM, sino en la UAM mediante sugerencia paterna de no tener que esperar casi un año para hacer el cambio en la UNAM, y que justo en esas fechas daban las solicitudes de la 'Metro'. Nuevo exámen, y nueva aceptación. En Biología cursé dos trimestres y antes de inscribirme al tercero me pareció que tampoco era lo que esperaba; pero si ni siquiera estaba seguro de lo que realmente quería estudiar. Anduve recorriendo facultades y departamentos de la UNAM y la UAM Iztapalapa y Xochimilco, como oyente o pidiendo informes. Y esta vez hice mi cambio en la misma UAM-I de la División de C.B.S. a la de C.S.H.. Esta vez tan sólo me aplicaron el test psicométrico, tal vez para conocer

mi auténtica vocación, pero bueno, aceptaron mi cambio y me inscribí a la carrera de Sociología, pues ésta se relacionaba con el campo, pero desde un punto de vista social, que de alguna manera fué lo que descubrí como mi auténtico interés de estudio, además de que mal que bien seguía siendo el tipo de profesión que no requería formalidades tales como vestir de traje, ni pasar la mayor parte del tiempo en una oficina.

Me tocó recibir clases de excelentes maestros en el Tronco Común, como Porfirio Miranda, González Rojo, Carlos Castro y Carmen Lira entre otros, lo que contribuyó a acrecentar mi interés por las Ciencias Sociales; aunque dicho sea de paso, el hecho de estudiar con alumnos de diferentes carreras hacía bastante difícil el que se diera algún tipo de relación de grupo, cuando sólo nos reuníamos para tomar cierta clase, para luego dispersarnos hacia otra clase o actividad. A mediados del segundo trimestre asistí a una conferencia que daban en el salón 'Verde' sobre la Licenciatura en Antropología Social: la charla fué dada por Andrés Fábregas, entre risotadas y anécdotas, atrayendo en especial mi atención el tener casi una tercera parte de la carrera de Trabajo de campo; A mi modo de ver, ésta parecía ser una profesión realmente aplicada a la realidad, y el simple hecho de salir tanto al campo terminó por convencerme de que 'cuando fuera grande' sería antropólogo. Y era tal mi entusiasmo, que desde el tercer trimestre me inscribí a dos materias de Antropología, que fueron Etnología con Gilberto López y Rivas, y Formación Social Andina con una maestra peruana cuyo nombre no recuerdo pero sí lo relajada que era; Y así de flexible era esta carrera, además de interesante y divertida; como las clases con Gilberto, a quien incluso llegamos a preguntarle sobre el cómo aplicarnos a la tan necesaria transformación social. El otro curso fué como de cultura general, pasando por las estructuras económico, político y sociales de los Aymarás y una película que la embajada de Bolivia tuvo a bien enviarnos, invitándonos a visitar aquellos maravillosos parajes.

Pasé al cuarto trimestre totalmente convencido de que al fin había encontrado lo que quería estudiar y hacer de mi vida. Llevé Antropología Social General con Andrés Fábregas, con quien

incluso tuvimos Práctica Etnográfica de cinco días en la Región de Coatepec, Ver.; lo que en parte dió cohesión al grupo que se podría llamar mi generación - no en balde varios de nosotros hicimos nuestra primera Práctica de campo en la misma región y con el mismo maestro -. Cursé también Escuela Norteamericana con Abraham Izaevich, quien sin la menor elocuencia nos hablaba del Kula, Potlach y demás formas de interacción entre los Kwakiutl, los Pueblo y los Arapahos; su sistema de dar conferencias a modo de clases aunado a cierta rigidez, poco común entre los otros profesores del Departamento, había ido acumulando el disgusto de varios compañeros de generaciones anteriores a la nuestra, llevando al grupo en general a protestar y exigir la renuncia del profesor Izaevich, situación que concluyó con la baja del maestro. Otra materia que llevé fué Indigenismo de México con Virginia Molina, quien al parecer pasaba por algún momento difícil, pues sus taciturnas exposiciones no alcanzaban a acallar el bullicio de un grupo de cerca de 30 alumnos, que para ser de Antropología era enorme. Por último me inscribí a la Preparación de Práctica de campo con Fábregas, aumentando en nosotros las expectativas sobre nuestra primera experiencia de Investigación.

De esta manera, el quinto trimestre lo inicié a las siete de la mañana aún en invierno, en casa de Andrés, quien nos aguardaba con una reluciente combi, en la que iniciamos nuestro viaje pasando por Río Frío, para tomar luego por Tlaxcala, Perote y Xalapa; y así llegar a Coatepec al atardecer. Al día siguiente iniciamos una serie de recorridos etnográfico-gastronómicos que terminamos una semana después, llegándose el momento en que cada quien decidiera a que poblado o región se iría a hacer su investigación; como yo ya había estado viviendo en la región con unos alemanes en un llamado 'Campo de trabajo', me fué fácil decidir el irme a Naolinco, dado que me interesaba la cuestión Católica, y en dicho lugar desde hacía años tenía un cura de mucha influencia en lo que ahí acontecía; Y entonces resultó que dos compañeras más seleccionaron al mismo Naolinco, argumentando algún tema de interés antropológico, aunque yo sospeché que más bien no querían vivir solas. Pasaron unos días, en los que mis compañeras se dejaron de hablar; y por otro lado, justo en esos

días mi tema de estudio desapareció con el cura de Naolinco, de donde fué removido. En tonces me cambié al Ejido de Ursulo Galván, donde más tarde me enteré que ya habían estado con anterioridad otros dos compas de la UAM; pero bueno, el objetivo era aprender a investigar, a hacer un proyecto, y en este lugar dada su reciente formación, me dediqué a hacer mi trabajo sobre 'Formación de nuevos poblados, a partir de la migración para trabajo temporal'. Hice aproximadamente un mes de trabajo de campo intensivo y un mes me la pasé entre Ursulo Galván, Coatepec y Xalapa, en investigación de archivos y bibliografía. Cabe mencionarse que la casa de Coatepec era el sitio de reunión del grupo y que por lo menos una vez por semana nos encontrábamos la mayoría para ir al cine o a cenar, y dado que Andrés era el Presidente del Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño y se reunía con los compañeros de Xalapa, terminamos integrándonos al Comité, empezando por ayudar en su trabajo a los Xalapeños, e incluso venirnos al D.F. por dos o tres días a una reunión nacional de Comités. Me sentía muy satisfecho, pues se podía decir que la Práctica había sido todo un éxito, pues a nivel académico Andrés nos mostró cómo a partir de una experiencia empírica armar un Proyecto de Investigación bien estructurado, además de que esto nos ayudó a centrar nuestros intereses respecto al área de concentración que seleccionaríamos, que en mi caso fué la de Política; A esto sumamos nuestra integración al 'Comité', donde tres de nosotros iniciamos lo que podríamos llamar nuestra vida de actividad política, al menos ya más seriamente. A manera de clausura, Andrés nos invitó a cenar a su casa en la cd. de México, una semana después de nuestras exposiciones en Coatepec, las que por cierto -a excepción de una- fueron buenas. Todo esto consolidó un grupo de trabajo que más adelante ha laborado bajo la dirección del mismo Andrés. Y tal vez mi situación hubiera sido la misma, de no ser por que me resagué del grupo al regresar al D.F., dado que mis planes inmediatos eran los de ir a Europa, aprovechando la posibilidad de viajar gratuitamente en un barco mercante. Para ahorrar algún dinero para el viaje, conseguí un empleo con un compañero de Antropología, de generación anterior a la mía, que decía llamarse Enrique Fon-

te, en el VI Censo Agrícola Ganadero y Ejidal de la S.P.P., en las Delegaciones Magdalena Contreras y Tlalpan; rápidamente fui ascendido a Jefe de Area Geofísica Básica, debido a que mi pasado de excursionista me convertía en conocedor de la región del Ajusco. El trabajo consistía en cotejar cartas topográficas y fotografías aéreas con la situación real de la tenencia de la tierra, mediante nuestra observación directa de las parcelas y demás terrenos, y por supuesto al aplicar los cuestionarios del Censo. Aproximadamente un mes y medio después de iniciado mi trabajo había concluido mi parte, pues la interpretación de la información la realizaban en la S.P.P.. Esta primera experiencia de Trabajo de campo remunerado, fué muy valiosa desde el punto de vista del conocimiento del mercado de trabajo real del antropólogo, y por supuesto al proporcionarme el dinero que necesitaba para mi viaje.

Me fui a Europa, donde estuve casi un año viajando y trabajando -principalmente en las cosechas de uvas, aceitunas y naranjas-, y curiosamente mi decisión de regresar a México, se vió en gran medida influenciada por la vida 'intelectual' que algunos amigos llevaban por allá.

Justo un año después de haber regresado de mi primera Práctica de campo, regresé a la UAM-I para inscribirme al sexto trimestre, incluyendo materias como A.S.C.M. Rural con José González, cuyo curso bien pude haber cubierto a lecturas dirigidas, pues la dinámica consistía en leer artículos y capítulos de libros, de los que al finalizar el trimestre teníamos que entregar sus respectivos 'controles de lectura', para obtener calificación; y en concreto debíamos sacar las posiciones encontradas de 'campesinistas' y 'descampesinistas' para especular sobre la sobrevivencia del campesinado y su posible participación en la Revolución Proletaria. Llevé también la T.A. Estructuralismo Francés, por supuesto con Roberto Varela, quien a mi parecer proporcionaba la opción teórica- metodológica más interesante fuera de la corriente marxista; por que era muy curioso que al parecer, no sólo teníamos que optar por un área de concentración, sino que además necesitábamos de alguna manera, asumir cierta teoría, o mejor aún, algún teórico, gurú o santo de nuestra vocación o

devoción; Y Lévi-Strauss vía Varela, nos ofrecía una serie de explicaciones por demás interesantes y un tanto más complicadas que las que hasta ese momento nos ofrecían el Estructural Funcionalismo, el Neoevolucionismo o el Marxismo. Y como ya había decidido entrar al área de Política, nuevamente el flexible Plan de estudios de nuestro Departamento, me permitió estando apenas en sexto trimestre llevar materias del área, y ésta fué Lecturas Fundamentales de Antropología Política con el exigente y disciplinado Esteban Krotz, quien de inicio nos recordó que para ser Antropólogo uno necesitaba dedicarse a ello de 'tiempo completo'. El hecho de que la mayoría de los alumnos de estos cursos de 'Política' perteneciéramos a la misma área, aunado a que casi todos nos dedicábamos exclusivamente a estudiar, y la atinada conducción de Esteban, nos llevó a obtener resultados muy concretos en las materias que llevamos con él. Y la otra materia que llevé en aquel trimestre era Aparatos Jurídicos y Políticos con el Etnólogo y Psicólogo Luis Ricardo Ruíz -quien podría ser el precursor del posmodernismo en el Departamento-; creo que se habló y leyó de todo, incluso de un aparato jurídico: la prisión; pasando por terapias grupales, pláticas que rebotaban de un tema a otro, y concluyendo con la evaluación que los alumnos hacíamos del profesor, en el 'Salón Berlín' a punto de ir a hacer una observación participante al objeto de estudio que apasionaba a Luis Ricardo: la cárcel, por no tener suficiente para liquidar la cuenta. En gran parte entusiasmados por él y un titiritero que había estado trabajando en las Islas Mariás, estuvimos a un paso de habernos ido -otro amigo del curso y yó- a hacer nuestra segunda Práctica de campo al paradisíaco reclusorio, a no ser por las innumerables trabas burocráticas que se nos pusieron.

Para el trimestre VII, ya oficialmente en el área de Política, aproveché para llevar Procesualismo durante el último trimestre en que Andrés Fábregas dió clases en la UAM-I. Alicia Castellanos nos dió Pensamiento Antropológico en México, que me pareció una versión corregida y aumentada de lo que en Antropología Social General, vimos como Historia de la Antropología Mexicana. Con la controvertida Laura González discutimos en el marco de Movimientos Campesinos, su posición sobre el tema fren-

te a las de autores leídos y a la nuestra; lo que propiciaba polémicas por demás interesantes, mismas que al final del trimestre se reflejaron en nuestras exposiciones y en el cambio de actitud de Laura hacia nosotros. También en ese trimestre tomé un curso sobre Religión, que daba Leticia Méndez, con quien además de hacer una buena amistad, tuvimos un muy buen resultado al finalizar el trimestre.

Y así pasaban estas nuevas unidades de tiempo que regían nuestras vidas, y aunque el Proyecto UAM se había olvidado de proporcionar espacios tanto físicos, como de tiempo para sus estudiantes; algunos de nosotros encontramos la manera de generar y mantener dichos espacios. Sin ir más lejos, en la cotidianidad el simple hecho de contar con lugares específicos de reunión, como El Apando, a donde invariablemente llegábamos antes de ir a clase, a la biblioteca o al Consejo Departamental; O el Salón de Seminarios, donde se realizaban las Asambleas Estudiantiles, y que posteriormente se convirtió en salón de clases exclusivo para Antropología. En cuanto al tiempo necesario para actividades extraacadémicas, caba hacerse notar que hasta aquel momento, varios de nosotros contábamos con éste, debido principalmente a que no teníamos la necesidad de trabajar, lo que nos colocaba dentro del perfil ideal de estudiante de Antropología; asunto que se convirtió en parte del debate sobre las reformas a nuestro Plan de estudios, en torno a la necesidad de dedicarse exclusivamente a estudiar. En lo relativo al compromiso socio-político, del Comité Mexicano de Solidaridad con el Pueblo Salvadoreño, pasé a enrolarme en la causa del SITUAM, participando activamente en reuniones, marchas, volanteos, boteos, guardias durante las huelgas (llegando a asignarse una puerta específica a Antropología por varias ocasiones), y demás acciones. Participé también en el Consejo Departamental y en el Consejo Divisional. Algo que daba fama al Departamento de Antropología desde hacía tiempo eran sus reventones, que generalmente eran propuestos como último punto de las órdenes del día, en las Asambleas estudiantiles, lo que garantizaba la permanencia de la mayoría hasta el fin de éstas; aunque al solicitarse la casa donde se realizaría la fiesta no surgían fácilmente las propuestas, por

temor a destrozos o desmanes, pues según algunos, invariablemente, terminaban en orgías; lo cierto era que este ambiente nos dió una cohesión grupal poco común en otros Departamentos o Escuelas. Todos estos elementos remarcaron en nosotros, no sólo los objetivos formales de la Antropología, sino toda una serie de actitudes y formas de pensar y actuar, adquiridas aquí o allá, de los maestros o los alumnos, en el salón de clases o en el campo, en el Apando ordenando el BIDAS o catando algún licor traído por los que estaban de práctica, o en alguna marcha con los del SITUAM.

Por azhares de la famosa flexibilidad de nuestro Plan de Estudios, la mayoría de mis compañeros de generación se encontraba, ya por aquella época, haciendo su proyecto de tesis, por lo que el destino me llevó a convivir más estrechamente con los otros consejeros departamentales, que por coincidencia pertenecían la mayoría al área de Desarrollo; y entonces me dediqué de lleno al marxismo tanto a nivel teórico, como -según yo- de praxis. Ese octavo trimestre opté, bajo la tutoría de E. Kretz, la obligatoria A.S.C.M. Política, que él mismo impartía, dado que desde el sexto trimestre llevaba cursos del área y hasta entonces no había cubierto el más general e introductorio. El mismo Esteban nos dió Evolucionistas, más bajo la sombra de la filosofía que de la Antropología en sí, lo que lo hizo un curso rico y variado. También me inscribí a dos cursos con M. de Alba: Teoría Económica Campesina, y Articulación de Modos de Producción, resultando un fiasco el profesor, lo que nos impulsó a estudiar más de lo que acostumbrábamos para refutarlo en el terreno de la teoría marxista. Desafortunadamente para el susodicho, parte de uno de los grupos y casi la totalidad del otro lo integrábamos los consejeros departamentales, por lo que al constatar su incompetencia escudada en autoritarismo, nos obligó a pedir su destitución que aunque no se logró de inmediato, al menos no se le recontra-  
tó al año siguiente. Aprovechando que Articulación de Modos de Producción se daba de 20 a 22 hrs. me inscribí a otra materia que daba la mancuerna Nivón-Falomir, bajo el nombre de Modo Capitalista de Producción, enfocándose al estudio intensivo de El Capital.

En conjunto, aquel trimestre fue de los más intensos tanto en aprendizaje del marxismo como de actividad en el Consejo Departamental, específicamente en torno a la reestructuración del Plan de Estudios, en la que como ya hemos mencionado en el Capítulo I, participamos activamente Rubén Pérez, Iván Vallado y yo; llevando nuestra intervención casi hasta el final del proceso; y si no llegamos a la aprobación definitiva del Plan, fue porque los compañeros mencionados, al igual que yo, teníamos la imperiosa necesidad de conseguir un empleo, unos porque ya vivían por su cuenta, y otros porque estábamos a punto de hacerlo. A manera de opción de trabajo remunerado, conseguimos ingresar al Museo Nacional de Culturas Populares, tres compañeros y yo como guías de la exposición 'Obreros Somos, expresiones de la cultura obrera', obteniendo del COSIES un subsidio de \$ 10 000 al mes, por trabajar jueves y viernes por las tardes y sábados y domingos la jornada completa. Entonces el sistema UAM aunque indirectamente, lograba su cometido de no permitir la subsistencia de organizaciones tales como la que constituíamos en ese momento.

Por entonces me restaban por cursar dos materias, que en mi noveno trimestre fueron, con Claudio Lomnitz: Cultura e Ideología Política, con la que terminaba las obligatorias del área; y Etnografía de México con Leticia Méndez, que llevé en parte por que se daba el mismo día de la otra.

En aquel 1984 terminé mis materias 'teóricas' en la UAM-I, aunque todavía me faltaban la segunda Práctica de campo y la Tesis. Y en aquellos mismos días concluía mi supuesto servicio social en el Museo de Culturas Populares, y como ya había decidido irme a vivir con mi compañera (y que conste que no era mi esposa, mujer, querida, ni otra cosa sino democrática compañera). Para mi buena suerte, me pasaron la noticia de que estaban contratando antropólogos en el INI; así que me fui a entrevistar con el Pfr. Ricardo Pozas, quien era el Dir. de la Subdirección de Investigación; y al día siguiente me entrevistó uno de sus colaboradores llamado Eliseo López, a quien al comentarle entre otras

cosas que había recibido clases y hecho trabajo de campo con Andrés Fábregas, se convenció de mi preparación y se entusiasmó debido a que además Andrés era su director de Tesis; Con esta coincidencia quedó asegurada mi contratación como 'Jefe de Oficina', y dedicarme a la elaboración de una parte de la 'Guía de Investigación-Acción', que desde hacía tanto tiempo el Dr. Pozas quería concretar. A pesar de la mala fama que tenía el INI, dentro del mercado de trabajo antropológico, la opción de colaborar con Pozas, a quien en un principio parecían si estar apoyando en su Proyecto; la remuneración adecuada y la flexibilidad de horario, me animaron a entrarle con ganas a un trabajo que prometía congruencia y honestidad. El resto del equipo de trabajo lo constituían Miguel Reyes, Rosario González y Horacio Romero de la UAM-I; Eliseo López y otros tres Etnólogos de la ENAH; y un grupo fluctuante de becarios y comisionados de distintas ocupaciones y procedencias. A Horacio y a mí nos tocó desarrollar el tema sobre el Caciquismo para la 'Guía'; y algunas otras tareas que se nos encomendaban, como coordinar algunos Proyectos, redactar documentos, y lo más interesante, que fué participar comisionado en el Edo. de S.L.P. aplicando una evaluación del trabajo que el personal del INI de dicho Edo. debiera estar realizando. En el equipo multidisciplinario en que me tocó participar, iba entre otras personas Ma. Eugenia Olavarría, y como ni en la Coordinadora, ni en los Centros Coordinadores había antropólogos, nos tocó a Ma. Eugenia con los Pames, y a mí con los Huastecos y los Náhuas, hacer el trabajo que supuestamente íbamos a evaluar. Me tocó constatar una corrupción tan descarada de la mayoría del personal del INI de San Luis Potosí, llegándose al grado de dejar morir personas en algunas comunidades, en parte por la desviación de fondos del INI para empresas personales y de su estrecha relación con los caciques de la Región; y bueno, yo hice mi trabajo, denunciando la presencia del ILV y demás irregularidades existentes en la Huasteca; Lo que me valió felicitaciones por parte del Director del INI, y del Pfr. Pozas. Pero poco me duró el gusto, pues días después se empezó a bloquear a la Subdirección de Pozas, a quien más bien empezaron a tener ahí, tan sólo por su renombre. Todas estas cosas nos orillaron a renunciar a

nuestros puestos. Mal que bien, esta había sido una buena experiencia, además de que pude utilizar el trabajo realizado en S.L.P. para acreditar mi segundo Trabajo de campo.

Poco tiempo antes de haber renunciado al INI, un becario que trabajaba con Horacio y conmigo, nos comentó que en la Dirección de Promoción Cultural de la Subsecretaría de Cultura de la S.E.P., estaban solicitando Antropólogos, para dar cursos de Capacitación sobre cuestiones relacionadas con nuestra profesión. Hablamos con el Coordinador de Capacitación, y nos citó para la próxima semana recibir junto con otras personas nuestra capacitación. Habíamos cuatro antropólogos: dos de la ENAH y dos de la UAM-I; y como diez maestras de distintos grados. El último día se nos pidió que en base a lo aprendido en los últimos días, elaboráramos un Proyecto de Capacitación sobre Promoción-Animación Cultural. Con dicho Proyecto, fuimos evaluados, y los seleccionados fuimos los cuatro Antropólogos -no en vano el Coordinador era Antropólogo de la ENAH-. Nuestro trabajo consistía en dar cursos de una o dos semanas, tocando temas relacionados con identidad, cultura, y metodología para la elaboración de Proyectos de Promoción Cultural. Así me la pasé viajando por varios Edos. de la República; Hasta que con los sismos de septiembre de 85, la organización espontánea de la gente se convirtió en botín de las instituciones, y como la S.E.P. no se podía quedar atrás, le encomendó a su Dirección de Promoción Cultural que contactara a la Organización de Vecinos de la Colonia Doctores, con el propósito de brindarles apoyo mediante los Talleres de Promoción Cultural más adecuados a sus necesidades específicas. En una de las reuniones relacionadas con esto, la Subdirectora de la D.G.P.C., al escuchar algunas de mis propuestas, me ofreció pasar de Instructor remunerado por honorarios, a Investigador de planta en el Departamento de Estudios y Proyectos, con el objeto de dar continuidad al trabajo con los damnificados y demás actividades como la elaboración de Convocatorias y de Manuales de apoyo a la promotoría cultural, revisión de investigaciones sobre materiales de apoyo a la educación formal, y a la organización de Foros y demás eventos. En estos menesteres me ocupé de fines de 1985 a

principios de 1987; Mientras que a la UAM-I presentamos por 1986 nuestro Proyecto de Tesis, producto de la hasta entonces todavía fresca experiencia del INI. Y seleccionamos a Esteban Krotz como Director de Tesis, debido a que éste recién había abierto un nuevo Proyecto de Investigación sobre el tema que también nos interesaba a nosotros, es decir, el estudio de la misma Antropología; Y dada la estrecha vinculación del tema con el área de Educación, propusimos a Patricia De Leonardo y a Ingrid Rosenblueth como lectoras. Se le hicieron algunas precisiones al Proyecto y fué aceptado; aunque casi no adelantamos en su concreción en aquel 1986, debido a que la mayor parte del tiempo lo dedicábamos a la supervivencia material. Empezaba 1987, mientras terminaba mi relación de unión libre, para hacerme más libre aún, y al no saber que hacer con tanta libertad, y constatar que de seguir con mi empleo de investigador, me sería casi imposible concluir la tesis. Entonces decidí enrolarme en una expedición de trabajo a Alaska, con otros dos amigos (un biólogo y un antropólogo), con la doble finalidad de por un lado olvidar mi descepción amorosa y por el otro iniciar una política de 'metedólares que me permitiera terminar la tesis. Trabajé en una Planta procesadora de salmón y más tarde como mesero, obteniendo ganancias por debajo de lo esperado, dado que Alaska estaba en crisis, resultado de las nuevas orientaciones económicas de los hijos del sol naciente; lo que nos obligaba a permanecer unos meses más por aquellas latitudes. Y así hubiera sido, de no ser por la noticia que la familia nos hizo llegar, en relación a que la UAM había dejado de ser la Casa abierta al tiempo, y como nuestro tiempo ahora estaba limitado, resolvimos regresar antes de lo previsto.

Regresé a mediados de 1988, con fondos suficientes para no trabajar tan sólo unos meses; Razón por la cual inicié una serie de complicados trámites burocráticos para obtener una Beca-Tesis del CONACYT, pues yo recordaba que a otros compañeros de la UAM ya la habían obtenido; y todo iba bien, hasta que de último momento se me informó que mi solicitud había sido rechazada, dado que oficialmente en la UAM no existía la Tesis. Así que de la fa-

mosa Tesis teníamos las obligaciones, más no así los derechos que en otras universidades otorgaba. Así las cosas, tuve que aceptar la oportuna propuesta que me hizo nuevamente la Dirección General de Promoción Cultural, de dar algunos cursos de Planeación Cultural, con lo que pude complementar mi manutención por algún tiempo.

A la UAM-I acudí para restablecer el contacto con nuestro Comité de Tesis, con la salvedad de que al haberse ausentado Esteban Krotz, solicitamos a Patricia De Leonardo el que fuera la Directora, y a Raúl Nieto se integrara como lector, lo que ambos aceptaron. De paso me enteré de que Ingrid Rosenblueth -quien por cierto era la otra lectora de la Tesis- estaba dando un curso de Astrología, y que Angeles Sánchez iba a impartir uno de Acupuntura, ambos con valor curricular -para desconcierto de los puristas de nuestro progresista D.A.-; Tomé los dos cursos por interés personal, pues créditos de materias ya no necesitaba.

Para finalmente llegar a los días en que más intensamente nos hemos estado dedicando a la concreción de el presente trabajo de Tesis, sin que se tome como excusa, si quisiera plantear que las necesidades materiales de supervivencia hacen muy difícil el dedicarle el tiempo que requiere a la elaboración de un trabajo de estas características, y que curiosamente cuando se encuentra uno realizando un trabajo de Investigación para alguna institución sucede lo mismo, al no contarse con la cantidad de tiempo necesaria, según se plantea en la teoría. Pero bueno, en estos últimos meses continué dedicándome a la promotoría cultural, hasta que se me propuso integrarme a un Proyecto de Investigación sobre el Impacto de Grupos Religiosos en Comunidades Indígenas, y tal vez se me llamó a integrarme, más por los elementos de curriculum oculto del que soy producto; Quedándome al menos cada vez más clara -incluso confirmada por mi carta astrológica- mi vocación de trabajo con y para los demás.

### III LA ANTROPOLOGIA EN LA UAM Y LA IMPORTANCIA DEL CURRICULUM OCULTO

Cuenta C. Lévi-Strauss, en el prólogo al libro *La Alfarera Celosa* que en 1947 regresaba de un viaje a Estados Unidos. A bordo del barco, en conversación con un director de orquesta, escuchó la opinión que le llevó a escribir el libro, acerca de la relación que existe entre la personalidad y la práctica de un oficio; el director le dijo que el carácter de un músico a menudo se reconcilia con el timbre y ejecución de su instrumento. El antropólogo se propuso estudiar más a fondo lo que la creencia popular sabía ya de sobra, a saber, que hay una homología entre dos sistemas: el de las ocupaciones profesionales y el de los temperamentos. El lo observó en la alfarería, pero la gente en general lo ha señalado en todos los oficios; en la calle se venden cuadros que ilustran el carácter de los distintos profesionales u oficientes. Una idea que a veces los mismos agremiados tratan de resaltar. Hace poco, en la UAM Iztapalapa, un anuncio invitaba al bazar de Antropología; se describía someramente la serie de productos que, suponían los organizadores eran -son- parte del atavío de la personalidad del antropólogo: chamarras militares, discos de Trova Cubana y de folklore, libros, artesanías, bolsas de piel, etc... La razón de esta relación es analizada por Levi-Strauss mediante mitología; en nuestro caso no podría hacerse así; sería más bien a través de la psicología implícita en el proceso de formación y la perspectiva de ejercicio profesional del respectivo oficio. Sin ánimo de estudiar así el asunto, diríamos que algo de esa personalidad se gesta en el proceso de formación que ocurre en la universidad, aunque no es correcto mencionarlo ya que esa etapa de la vida del presunto profesional es en la que se le hace saber -y a todos, por consiguiente- que ya ha recibido el pase para pensar por sí mismo y hacer lo que desee de su vida, profesional, por supuesto. Sin embargo, aventurado sería confiar demasiado en eso, ignorar que la psicología de la educación persiste aún más allá, aunque no se le reconozca, por que hasta donde se sabe, la universidad tiene

como responsabilidad poner a cierto tipo de diestros en la sociedad, para que cumplan su papel por mucho determinado. Para esto, se necesita una adecuación -educación en el mejor sentido- que no difiera mucho, en intención, a la que tenían los que formaban a los nobles, según nos refiere la historia, en las primeras instituciones educativas, en el antiguo Egipto. Se les preparaba para algo: el ejercicio del poder. Es innegable que a más de técnicas y destreza, hay que cierta dosis de preparación temperamental va a definir, no solamente la vida normal del individuo, sino su forma de ser, en sociedad y para sí mismo. Ese difícil asunto, mencionable por supuesto, no nos compete desarrollarlo en su totalidad, solo hace evidente el hecho de que la formación profesional va un poco más allá de lo que se estima, aún sin entrar en lo de los temperamentos. Dice Bachelard que el espíritu científico debería tender hacia una reforma subjetiva total. Todo proceso real en el pensamiento científico necesita una conversión, y no una pedagogía fraccionada. La manera de manifestarse dicha conversión en la escuela es lo que nos interesa. Hasta hace poco, los planificadores educativos tenían excesiva confianza en cuanto a cómo conducir los grupos por los procesos que ocurren ahí. La noción de currículum parecía cubrir todo el panorama de formación de los futuros profesionales, ya que incluía lo que se suponía era básico, esto es, recursos materiales y una secuencia de conocimientos adecuados a los fines, es decir, un método de acuerdo a los contenidos de la ciencia en cuestión. De ahí las críticas a los sistemas de enseñanza, que los tachaban de reproductivistas. O sea, formas usadas por la clase dominante para reproducir el sistema. Seguramente, en cuanto a planeación es así, sin dejar de lado a la ética y a los contenidos de la ciencia, pero, según se ha visto, no es todo; En los últimos años nuevos criterios han sido establecidos para dar una idea más fiel de lo que ocurre en la escuela, ese proceso que mencionábamos al principio. Uno de los nuevos conceptos acuñados para tal fin es el de Currículum Oculto, con el que se pretende introducir al análisis todo aquello que no cabe en los principios de la planeación educativa pero que es muy importante, incluso en muchas ocasiones, definitorio. Como lo dice un autor (Miranda Arroyo, 1987):

el olor de las aulas, la ubicación de los edificios, la relación con los compañeros y maestros. Algo que parecería muy abstracto pero que, hablando con un poco de criterio psicológico no lo es. En Antropología tampoco, aunque no es de los temas usuales en los anales. Hasta donde se sabe, y por la experiencia de cientos de profesionales, su mérito profesional no se debe siempre a los contenidos de las materias, sino a la relación maestro-alumno, no siempre realizada en las aulas. En las artes, como en ninguna otra disciplina es evidente este hecho, tal que los estudiantes han planteado una estrecha relación entre el estado psíquico del individuo y su expresión artística. Herbert Read (Read, 1986), por ejemplo establece una relación entre las cuatro funciones psíquicas básicas de Jung y los cuatro tipos de formas expresivas, según Bullough; Dice Read: El tipo objetivo corresponde evidentemente al tipo pensador; el fisiológico, al sensorial; el asociativo, al sentimental; y el tipo 'carácter', al intuitivo. No es menos evidente tal cosa en las Ciencias Sociales, donde el pensamiento y la actitud definen la postura del científico, incluso más que su calidad o método. En las Ciencias Exactas parece no preocupar mucho, por la confianza excesiva que se tiene a los contenidos y la fé ciega que se le expresa a los fríos procedimientos, a pesar de que en diferentes ocasiones se ha planteado el asunto de la ética y la ideología. Por una parte, esa naturaleza de las ciencias exactas asegura un nivel medio de conocimientos, donde difícilmente alguien se puede hacer pasar por asociado a tal gremio si no los posee. En las ciencias sociales, se ha visto, los factores que delínean la personalidad del profesional y su práctica no siempre son estrictamente de conocimientos. La postura ideológica, el medio o entorno de desarrollo, suelen ser formas de práctica aceptada. Es por esto, que no es inútil hacer mención de los elementos extracurriculares que influyen en la formación escolar; es decir: el Currículum Oculto.

Por su objeto de estudio, y por el carácter de sus métodos, las ciencias sociales presentan diferencias importantes respecto a otras disciplinas. Una de sus particularidades es que no pueden ostentar rigidez ni adjudicarse juicios apresurados, como

en tal caso lo harían las ciencias que realizan operaciones mecánicas como principios. Y lo que es más, nunca pueden hacer afirmaciones de verdad rayana. En las ciencias sociales la relación del científico con su objeto de estudio depende de varios factores; uno de ellos es la corriente teórica en la que se inscribe, otra la intención del análisis, así como su capacidad optica para captar el fenómeno sin prejuicios inherentes a la personalidad del científico. En la balanza de los aspectos científicos dichos asuntos ocupan un lugar tan importante como los contenidos de la ciencia. Así que cuando un estudiante decide inscribirse en una carrera de ciencias sociales o humanidades, entra en un proceso que afectará su personalidad amén de los conocimientos que obtenga. La forma más fácil de resolverlo será la postura ideológica, ya que esta contiene en sí lo que le interesa resolver al profesional. La Antropología no se desprende de esta circunstancia. Para empezar, por sus temas y problemáticas a resolver, el presunto oficiante necesita de una sensibilización básica. Por decirlo así, una vocación y cierto -hablando con aparente broma- espíritu de sacrificio. El trabajo de campo, columna vertebral de la Antropología, requiere disposición especial, lo mismo el trato directo con problemas de una sociedad a la cual el investigador también pertenece, pero que ahora por sus conocimientos comprende más. A diferencia de otras disciplinas, hay un interés especial en el contenido de la ciencia, más que en el posible nivel de vida que resulta de una profesión-negocio. Así que las preocupaciones naturales del antropólogo y el aspirante a tal, son connaturales y compartidas, implícitas en el proceso de formación y en el ejercicio profesional. Decir que esto no lleva una fuerte carga psicológica es negar ese carácter peculiar de la 'ciencia del hombre'.

La aspiración de los estudiantes de Antropología, por pertenecer al gremio, está permeada por circunstancias personales, intereses e ideales, difíciles de ignorar. Cada futuro antropólogo es una historia de esa preocupación y la forma en que se resuelve decidiendo el estudio de este oficio. Los diseñadores de los planes de estudio, en este caso antropólogos también, re-

conocen ésto, y lo toman en cuenta, quizás sin plantearlo en tales planes explícitamente, pero con un gran peso en la práctica. Eso sugiere, muchas veces, que los conocimientos deben estar adheridos a una actitud y no viceversa. Por eso, en la formación del antropólogo su habilidad técnica no siempre es lo que más cuenta, como en su caso sería en la química, por ejemplo. No es casual que la llamada crisis de la ENAH tenga una relación muy estrecha con el predominio ideológico de ciertas corrientes, aún más allá de los contenidos de la ciencia. Pero, que asuntos se toman en cuenta cuando se diseña un plan de estudios de Antropología; evidentemente debe incluir ciertos contenidos obligados, propios de la ciencia y la manera en que pueden ponerse al servicio de la comunidad o la sociedad en que se vive, así como alguna opción ideológica aceptada. Resultaría impensable en nuestras escuelas de antropología, el que la carrera se planteara como una forma de preservar el capitalismo, por ejemplo. Así que al diseñar el plan, en cierta forma se trata de establecer un equilibrio entre la ciencia, la sociedad y el mercado de trabajo. El resultado, hasta donde se sabe, no llega a cumplir con esa intención, al menos no siempre. Pero tampoco se puede decir hasta ahora como deben ser las cosas a fin de formar a un antropólogo técnicamente hábil, con margen de desplegar su propia idea o forma de ser en el campo profesional. Lo que si se puede hacer es destejer un poco el asunto y analizar lo que verdaderamente sucede en una escuela de Antropología.

Como currículum formal y currículum oculto hacen contrapunto y dan un cierto perfil, esperado o nó. El caso del Departamento de Antropología de la UAM-I, podría sugerir algo. Un Proyecto determinado por circunstancias, una intención útil y de desarrollo científico, un currículum formal, y los efectos de un currículum oculto.

Como se ha señalado en el primer capítulo, la propuesta estructural de la UAM en sus inicios buscaba, planteada así, una manera de lograr mejores resultados que los que hasta entonces habían ofrecido la UNAM y el IPN, principalmente. Podría decirse que los sistemas de ambas instituciones eran 'tradicionales';

aunque no sólo eso; eran también la respuesta a la necesidad educativa inmediata en México, así que sus resultados eran solamente el logro de lo que podía hacerse de esa manera. La UAM, según palabras de su primer rector, el arquitecto Pedro Ramírez Vázquez, era una innovación educativa, aunque eso conllevara una inversión especial y reunir recursos para la consecución de tales metas. El principal objetivo era, en primer lugar, un sistema eficiente, que hiciera posible que sus estudiantes tuvieran ciertas ventajas en el mercado profesional, y que sus conocimientos correspondieran con él y con las circunstancias económicas, políticas y sociales de México. Sus innovaciones, como ya mencionamos, eran: ciclos trimestrales, cuotas, ausencia de tesis y flexibilidad en los tiempos para el término de los estudios. A decir de Ramírez Vázquez, la excelencia de la UAM la convertía inevitablemente en una universidad elitista, ya que la oferta de salarios les permitía traerse a la flor y nata de la inteligencia académica del país. Solamente de esa manera se podía conseguir a gente que trabajaba en la Ibero, la Anáhuac, la UNAM y el Poli, y que de alguna manera eran las 'estrellas' de tales escuelas. El efecto del Plan pudo verse de inmediato. No se trataba de una escuela particular, pero las cuotas no eran tan modestas ya que significaba por año un poco más del salario mínimo de un mes, dos veces quizás. Así que en las primeras etapas, la composición del estudiantado era de clase media en su mayoría. En el Departamento de Antropología se veía claramente esto. Por una parte, para estudiar la carrera de una manera un poco más decorosamente que en la ENAH, ya en crisis evidente para ese entonces; y lo que es más, casi con el mismo personal que en la Ibero. Esto quería decir que se trataba de alumnos 'bien', educados, con auto, con buenas lecturas, y dominio de algún otro idioma; con posibilidades de colocarse en el mercado de trabajo o conseguir mejores niveles académicos en el país o incluso en el extranjero; Entre una población reducida, que les permitía intercambiar relaciones de amistad con posibilidades de convertirse en vínculos profesionales más tarde (ya que cada persona tenía en sí ventajas que compartir). Así que el Proyecto UAM tenía posibilidades de, si continuaba así, lograr sus fines. En Antropología la planta

de profesores, en sus inicios, era de lo mejor de la antropología nacional. Guillermo de la Peña, quien jugaría un papel importante en la fundación del Colegio de Michoacán; José Lameiras, muy requerido también en diferentes instituciones y autor de varias importantes publicaciones; Juan Vicente Palerm, hijo del famoso antropólogo; Andrés Fábregas, requerido luego para el CIESAS del Sureste; Esteban Krotz, ahora Investigador Nacional, y con una larga lista de publicaciones; Roberto Varela, ya devuelto de París, más tarde Director de la División de C.S.H. de la UAM-I, y también Investigador Nacional; Gilberto López y Rivas, posterior Director de la ENAH; y así por el estilo. Con ese personal académico, y esos compañeros, el estudiante podía aspirar a integrarse de una manera fina a la Antropología Mexicana; y ver de reojo y desdeñosamente a los estudiantes de otras escuelas, como la de Yucatán, a la que por cierto, se le daba apoyo académico; o a la ENAH, que se debatía en una grilla eterna. Esto pudimos verlo cuando trabajábamos en el INI, donde nuestros compañeros de la ENAH, tenían un nivel deplorable; y de quienes Eliseo López comentaba que representaban el prototipo del perfil del egresado de su escuela. Así que la UAM ofrecía el decoro de una escuela particular; por ello el transporte a la Unidad Iztapalapa no era un problema, pues aunque no lo preguntamos, entendemos que las autoridades suponían que los alumnos todos tenían auto. Y así las cosas, hasta ese momento, al menos, los objetivos de la UAM, como los planteaban los fundadores, como el Arq. Ramírez Vázquez funcionaban. Buena escuela y buenos maestros, conllevaban a tener buenos alumnos, con biblioteca, dinero para libros, cultos, bilingües, de tiempo completo, con conectes, etcétera. Por esa razón se vieron en la necesidad de solicitar algo que aunque no iba con la propuesta de la UAM, era una adjudicación que adornaba su persona, la tesis. Ramírez Vázquez decía que ésta no era conveniente ya que el tiempo que el alumno pasaba elaborando tal documento, que podían ser dos años o más, servía para que olvidara lo que ya había aprendido -y que los maestros le habían ya acreditado-; quedando el estudiante sin posibilidades de ejercer su profesión en ese tiempo -y con el límite de los diez años, de no poderlo hacer ya nunca-, además de los riesgos de quedarse

ahí empantanado.

La UAM proponía por otra parte, una carga académica más intensa, en el sistema trimestral; aunque el sistema pedagógico no variaba mucho, al menos no en Iztapalapa. La plantilla de maestros por su calidad, podía exigir más libertad de cátedra; y por parte de los alumnos un diálogo abierto, con lo que la relación enseñanza-aprendizaje se convertía un poco en sistema de tutorías. En Antropología la cosa se daba así; Al principio del curso se daba una bibliografía que abarcara el tema de la materia, se programaban los tiempos y el alumno debía leer y estar capacitado para un debate; por lo general se proponía un calendario de exposiciones por parte de los alumnos, que antecedian a una discusión coordinada por el profesor. Parte de la bibliografía era en inglés. Esto permitía un diálogo más directo entre maestro y alumno, inclusive para modificar los contenidos del curso. Asuntos de la democracia, que funcionaban bastante bien, al grado de que el Departamento de Antropología se consideraba uno de los más plurales y donde los estudiantes si tenían poder de decisión. Como lo señaló alguna vez Rodrigo Díaz, basándose en opiniones de Gabriel Zaíd, el título es la oportunidad que se da a alguien para ejercer y continuar en la disciplina, trabajando, relacionándose y aprendiendo. Así que las generaciones para las cuales quedaba a pedir de boca el Proyecto UAM, garantizaban esa futura posibilidad de continuar en la profesión, o en el medio intelectual, al menos. Eso, en última instancia, en el caso de Antropología, daba margen para que el intelectual en ciernes realizara una carrera sin disciplina; o sea, el ambiente universitario le permitía estar ahí, aún cuando técnicamente no tuviera dominio exacto de los rudimentos de la ciencia, como por ejemplo, debe tenerlo un odontólogo. Con la visión que se adquiría era suficiente, incluyendo las experiencias del Trabajo de campo y las clases con profesores de buen nivel. Existen casos de estudiantes que aunque no se titularon, o lo hicieron 15 años después, sin embargo su desempeño como antropólogos no tiene tacha.

Así pues, la pedagogía la daban las circunstancias, propicias en los inicios de la UAM; pero en el caso del Departamento de Antropología era la ventaja de una coyuntura, y que no solucionaba los problemas de la enseñanza de la ciencia, evidentes y muy discutidos en la ENAH, donde se decía, la gente recibía una formación política, más que académica. Algunos maestros opinaban quejándose de ello (Cesar Huerta, que vino invitado a impartir un curso sobre Sociedades Africanas): la postura política es un asunto personal. A mí no me importa la posición de nadie en tanto sepa que hacer como antropólogo. Pero cuando el acontecer educativo de una carrera era eso ¿qué iba a suceder con quienes no profesaban o menospreciaban una postura política? Impensable un antropólogo reaccionario. Un día pregunté a Gilberto López y Rivas (después de que caímos en la cuenta de que todos los textos de análisis de la realidad eran marxistas) que ¿cuál era la diferencia entre antropología y marxismo? Es la misma cosa, me contestó.

Otra particularidad de la UAM, o del Departamento de Antropología en concreto, nos lleva a cuestionarnos sobre que significaba el Diploma de Técnico en Investigación en Antropología Social, que se otorgaba al concluir el segundo nivel del Plan de estudios o Tronco Básico, que iba del IV al VI trimestre, incluyendo la primera Práctica de campo. Ramírez Vázquez dice, que uno de los objetivos de la UAM era ése, que en cada etapa el alumno pudiera desempeñar labores profesionales de acuerdo a ese nivel y que además fuera acreditable formalmente por la universidad. Quizás el estudiante diplomado equivalía al Trabajador Social. No sé de alguien que haya solicitado tal trámite, y de haberlo hecho, cómo le haya ido en su ejercicio profesional; lo que si recordamos es que en ese segundo nivel se tomaban los cursos de Teorías Antropológicas y los de Antropología Social Comparada de México; Y por supuesto que tales materias iban orientadas a los intereses personales de cada alumno, no eran seriadas y por sí mismas constituían un caudal de información que hablaban de un profesional bien preparado, por que eran "Teorías". Pero, veámoslo de otra manera: ¿podría alguien usar, después de cada cur-

so, las técnicas de esa escuela para algún tipo de trabajo de investigación ? Si se vieran técnicas en dichos cursos, tal vez esto hubiera sido posible; pero era información simplemente, con algunos ejemplos. En aproximadamente veinte sesiones cuánto se podía aprender de Neoevolucionismo y Evolucionismo Multilineal. Por cierto, que nadie podía ser Estructuralista o Funcionalista en la UAM; Marxista quizás, por las preferencias de sus profesores, quienes en otras materias incluso tratarían así el asunto; digamos, cuando tomara cursos del área de concentración, ya que ahí analizarían algunos problemas, o la práctica de campo misma a la luz de autores de tal o cual corriente. Teorías Antropológicas era como la moral del Departamento. Aquí se criticaban a las 'otras' (teorías) como competidoras cercanas o como cultura general. La inclinación sobre cierta manera de tratar el problema objetivo de la profesión, sería cosa de la cercanía que se tuviera con determinado profesor, cosa perfectamente posible en las primeras etapas de nuestro Departamento. Y así fué.

Los cursos optativos eran más flexibles aún; digamos que ahí el profesor podía aluciner libremente. Me tocó el caso de Javier Guerrero, famoso por su brillantez intelectual y su diplomacia cercana. La materia fué el Pensamiento Antropológico en México, cuatro horas los miércoles, o sea cuatro horas de conversación, o de chismes de los antropólogos, o de adjetivos de los antropólogos mexicanos. Fué así como supimos quien era Antony Perkins (López y Rivas), Gina Romand (Margarita Nolasco), el Superman Jáuregui, los magníficos, etcétera. La exposición chispeante y despiadada nos divertía mucho; y nos informaba claro, o nos permitía tener un juicio sobre algo que debíamos saber (el chisme del gremio), ya que tal información era una manera de integración gremial. Así que cumplía su función, además de que nos gustaba.

Ya en el Área de Concentración las cuestiones técnicas y metodológicas se iban aclarando, aunque mantenían su carácter informativo y flexible. Por sus temas, la Antropología en proceso formativo era más democracia que formación. Y así la comu-

nidad se presentaba. Era algo de lo que se podía enorgullecer cualquier estudiante, que a diferencia de otras carreras no se veía sometido al autoritarismo de los maestros, pues ahí la mayoría eran 'buena onda'. Uno podría preguntarse en que medida el Proyecto UAM y el Plan de Estudios del Departamento de Antropología cumplen con su propósito, y en cual los resultados son distintos. Si se revisa el Plan de Estudios, nos encontramos con un número grande de temas; pero cuando uno ve el funcionamiento las previsiones son distintas. La flexibilidad podría ser una llave de fuga donde las intenciones del Plan se escapan; y los resultados parecen ser más bien del 'otro' currículum.

Es definitivo, aunque no se hayan explicitado en documentos, proyectos y leyes de la UAM, que los elementos del currículum oculto que dan forma al currículum formal, existen implícitos en las experiencias de quienes se encargaron del diseño y proyección de esta nueva universidad de carácter innovador y adecuado a cierto momento de nuestro desarrollo social; Dejandose claro que dichas innovaciones adquirieron su concreción más clara en las Unidades Azcapotzalco y Xochimilco, con sus respectivos Sistemas Modulares de enseñanza; Siendo la Unidad Iztapalapa, la que de alguna manera poseía características más apegadas a los métodos pedagógicos tradicionales, aunque como ya hemos mencionado, nuestra Unidad contaba con determinadas particularidades; Concretamente tenemos que, en el marco del Sistema Departamental, se estableció la vinculación entre docencia e investigación; y que mejor que el Departamento de Antropología para haber optimizado dicha vinculación, pero lo cierto fué, que al menos nuestra experiencia no nos permitió apreciar resultados tangibles de esta innovación. Lo mismo sucedió con el supuesto acercamiento y orientación de las investigaciones de nuestro Departamento, con respecto al entorno donde se ubica la UAM-Iztapalapa; ya no se diga a la 'Problemática Nacional'. Ha sido precisamente, a través del currículum oculto que se han realizado algunas investigaciones en Iztapalapa; es decir, por iniciativas individuales de algunos alumnos. A estas particularidades del Proyecto UAM, agregamos una más, que planteaba la constante formación del profes-

rado en el marco de modernos sistemas pedagógicos; y bueno, al menos recientemente se le propuso al Colegio de Profesores un curso con Carlos Zarzar, pero no hubo quorum. Así las cosas, si analizáramos las características del currículum formal arriba mencionadas, en relación con el currículum oculto o real; por ejemplo a partir de la relación profesor-alumno, tendríamos en primer término que dejar claras las diferentes expectativas de ambos, tanto en el proceso de enseñanza-aprendizaje, como en el de investigación; Dado que tal pareciera que la docencia se ha convertido en una pesada carga para los profesores, que recurrentemente buscan la forma de obtener descargas académicas, para dedicarse exclusivamente a la investigación, de la que paradójicamente hay tan pocos resultados, a no ser los de su propia credencialización por medio de posgrados, que luego la UAM les publicará como síntesis en alguna de sus revistas y tal vez íntegra como libro. No en balde, la controvertida discusión sobre las reformas a nuestro Plan de Estudios, se ha centrado en la supuesta necesidad de un mayor espacio para la investigación. Por su parte, los alumnos en su mayoría pareciera que como decía Esteban Krotz, ven a la carrera como 'de obstáculos', ya que en lugar de interesarse en los contenidos de la antropología, que pudieran serles útiles posteriormente; se la pasan lamentándose del supuesto exceso de lecturas o trabajos por hacer, convirtiéndose en la eterna monserga para los profesores la pregunta obligada ¿leyeron?, a la que normalmente seguía un silencio e intercambio de miradas nerviosas; cuando le tocaba exponer un tema a alguno era tal vez la única ocasión en que se hacía una lectura concienzuda; aunque a veces el expositor de plano no se presentaba. En cuanto a la Investigación, de la emoción de la primera Práctica se pasaba ya como antropólogo a la no menos emocionante segunda, tal vez ya a la sombra de algún maestro (y conste que digo maestro, no profesor); para finalmente llegar al pantano de la tesis, de la que ya hemos mencionado las especificidades que adquiriría dicho proceso, según el alumno.

Este cuestionamiento del Sistema Departamental, adquiere concreción, precisamente, a la luz del análisis del currículum

oculto, que finalmente es lo que nos proporciona una visión más realista de lo que, en este caso, constituye la formación académica de los antropólogos sociales en la UAMI.

En realidad, los puntos de vista que exponemos en esta Tesis se derivan más de nuestra observación y reflexión de nuestra experiencia, que de las proposiciones teóricas que, como ya hemos apuntado, escasean sobre el tema. La pedagogía se ha preocupado más por establecer una correspondencia entre métodos de enseñanza y contenido de las materias, es decir; cómo permitir la entrada de ciertos conocimientos a la mente y temperamento del aprendiz. Por eso, aunque ya ciertas escuelas han tomado en cuenta factores tales como la ambientación de los espacios escolares, o la socialización de alumnos y maestros, etc., no ha sido algo que se llegue a tomar de manera definitiva para la apropiación de la ciencia por los aspirantes a desempeñarse en sus terrenos. Sin embargo, en las humanidades, la función de esos factores, o lo que se ha dicho del currículum oculto, ocupa un papel sobresaliente. En este caso la predisposición sensible y una vocación afectiva definen el rumbo profesional del individuo; es la facultad de acceder con sensibilidad a objetos de estudio que requieren de eso, y de una mirada indagadora, creativa e inteligente.

La antropología, al hablar de las obras del hombre, y aunque cada vez más en desuso como objeto de estudio, el tema de la cultura continúa siendo una constante en su observación. Si bien los temas políticos y económicos son en la actualidad los temas más usuales (un poco por la ideologización de las ciencias sociales y otro poco por que se asegura así 'teóricamente' la objetividad del análisis), en la actitud personal ante el trabajo profesional (en diálogos, modos de vida, perfil cultural, pasatiempos, preferencias, tendencias, perversiones, etc.) la cultura sigue siendo elemento definitorio en los intereses, y por ende, la personalidad del antropólogo. Por ello, en la formación del futuro profesional de la antropología, la construcción de ese 'llegar a ser' es básica y posible, más que con los contenidos a los que llega la planeación educativa, con la operación de un currículum

oculto.

La observación participante de un currículum, como le llamamos en esta ocasión revela lo anterior. Hemos visto cómo una serie de factores, en contacto con una circunstancia sensible de nuestra persona definieron nuestra situación profesional; quizás no como antropólogos en el sentido en que las aspiraciones del Departamento de Antropología de la UAM pretendía, pero sí como profesionales de un campo del saber; eso, sin lugar a dudas, mediante un proceso formativo en el sentido al que nos hemos referido.

Comprendemos que el tema se va aclarando poco a poco y que la riqueza de su análisis está aún por ser explorada; sabemos también que para precisar las observaciones que recogemos y procesamos o transponemos en estas reflexiones, sería necesario meter a laboratorio nuestro objeto de estudio y entonces, con la ayuda de la pedagogía, psicología, filosofía y, por supuesto, de la antropología, podríamos llegar a un conocimiento del asunto que, ahora sí, sería una verdadera aportación, no sólo al proceso de enseñanza-aprendizaje, sino, y sobre todo, a la antropología social.

## BIBLIOGRAFIA

- Adams Richard N. Introducción a la antropología aplicada, V.3, Ed. Instituto Indigenista Nacional de Guatemala, 1969, pp. 194-213.
- ANUIES. La planeación de la educación superior en México, Ed. ANUIES, México, 1979, 160pp.
- Bachelard Gastón. La formación del espíritu científico, Ed. Siglo XXI, México, 1987.
- Broccoli Angelo. Antonio Gramsci y la educación como hegemonía, Ed. Nueva Imágen, México, 1984.
- Cámara G. et. al. "Evaluación de la cobertura y calidad de la educación", en Documento Base CNIE, vol. II, México, 1978.
- Cleaves Peter. Las profesiones y el Estado: el caso de México, Ed. El Colegio de México, México, 1983.
- Díaz Rodrigo y León Delia. De patentes, redes, opciones y testamentos, (original mecanografiado).
- Didriksson T. Axel. "Política e investigación educativa", en Perfiles Educativos No. 29-30, Ed. CISE de la UNAM, jul.-dic. 1985, México, pp. 25-56.
- Doré Roland. La fiebre de los diplomas, Ed. FCE, México, 1983.
- Florescano Enrique. "México hoy. Los historiadores y el poder", en Nexos, Año IV, vol. 4, No. 46, oct. 1981, pp. 27-39.
- González C. Oscar. "Una experiencia en la planeación, organización y dirección de universidades", en Educación Superior, No. 45, Ed. ANUIES, México, enero-marzo 1983.
- Gramsci Antonio. "La formación de los intelectuales", en Pequeña Antología Política, Ed. Fontanella, serie Filosófica, No.5, Barcelona, 1974, pp. 155-171.

- Guevara Niebla Gilberto. "El cisma educativo de 1933", en Territorios, Ed. UAM-X, México, mayo-junio 1980, No. 2, pp. 21.
- Ibarra Ma. Esther. "Desperdicio burocrático de los pocos recursos de la UAM; Su proyecto cuestionado por el Estado", en Proceso, No. 485, México, 17 de febrero de 1986, pp. 21 y 22.
- Krotz Esteban. "Departamento de Antropología de la UAM-I", en La Antropología en México, Panorama Histórico, T. 7, Las instituciones, Coord. Carlos García Mora, Ed. INAH, México, 1987, pp. 286-307.
- Lameiras José. "La Antropología en México; Panorama de su desarrollo en lo que va del siglo", en Ciencias Sociales en México, desarrollo y perspectiva, Ed. El Colegio de México, México, 1979, pp. 107-186.
- Martínez R. Felipe. "Planeación de la educación superior en México", en Educación Superior, No. 45, Ed. ANUIES, México, enero-marzo 1986.
- Miranda Arroyo Carlos. "El concepto de Currículo Oculto", en Foro Universitario, No. 75, México, febrero 1987.
- "El concepto de Currículo Oculto II", en Foro Universitario, No. 76, México, 1987.
- Murdoch Iris. "Porqué Platón desterró a los poetas", en La Gaceta del FCE, No. 127, Ed. FCE, México, julio 1981, pp. 17-19.
- Nadel Jarvie. "Sobre los fines y métodos de la antropología social", en La antropología como ciencia, Ed. Anagrama, Comp. Josep LLobera, Barcelona, 1975.
- Nieto Raúl. "Presentación" en Alteridades; Anuario de antropología, Ed. UAM-I, México, 1989, pp. 9-16.
- Nivón B. Eduardo. "La reforma al plan de estudios de la Lic. en Antropología social", en Hoja de viento, Año II, No. 5, México, sept. 1988, pp. 12-26.

- Pino H. Enrique. Los orígenes y características de la UAM en el marco de la Reforma Educativa de los años 70<sup>s</sup>, (versión mimeografiada), Dpto. de Economía UAM-I, 1983.
- Poincaré Henri. Filosofía de la Ciencia, Ed. UNAM, col. Nuestros Clásicos, México, 1982.
- Quintanilla Lourdes. "Al rededor de Lewis Hanke", en La Gaceta del FCE, Ed. FCE, México, No. 181, 1986.
- Rangel Guerra Alfonso. La educación superior en México, Ed. El Colegio de México, México, Col. Jornadas, 1983.
- Tedesco Juan Carlos. "Crítica al reproductivismo educativo", en Cuadernos Políticos, Ed. Era, No. 37, julio-septiembre 1983, México, pp. 56.
- Tyler Stephen A. "Una ciencia formal", en La Antropología como ciencia, Comp. Josep Llobera, Ed. Anagrama, Barcelona, 1975.
- UAM-I. (El) Sistema departamental en la universidad Mexicana: UAM-I coloquio 1984, Ed. UAM-I, México, 1984.
- UAM-I "Nuestros Rectores", en Boletín Informativo, suplemento Nuestra Universidad, No. 11, Ed. UAM-I, octubre 1989.